

NATALIA ROMÁN

Relato solidario

Siempre
serás nuestro
SUPERHÉROE



NATALIA ROMÁN

Siempre
serás nuestro
superhéroe

Relato solidario

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: Siempre serás nuestro superhéroe.

©Natalia Román, 2019.

ISBN: 9781082428616.

Diseño de portada: Adyma Design.

Maquetación: Adyma Design.

Corrección: Carol RZ (Deletréame).

No hay nada más bonito en el mundo que la sonrisa de un niño. Por esa misma razón, deberíamos esforzarnos para que todos los niños del mundo lucieran su mejor sonrisa.

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Otras obras de la autora](#)

Este relato es muy especial para mí. ¿Por qué?, os preguntaréis. Llevo unos diez años escribiendo y casi tres desde que mi primera novela vio la luz y la compartí con todos vosotros. Desde entonces, he disfrutado momentos muy bonitos e inolvidables y he conocido gente maravillosa. Por esa misma razón, quería devolver un poco de todas esas emociones y hacer algo bonito y desinteresado que me hace mucha ilusión, y de ahí salió este relato, que es una pequeña secuela de mi última novela *Siempre serás mi héroe*. Por ella y por el tema que conlleva dicha novela, todo lo que gane con este relato ira destinado íntegramente a la asociación Esperanza y Sonrisa. Una asociación sin ánimo de lucro, una asociación donde todo lo que recaudan va a parar al IIS (Instituto de Investigación La Fe), aquí en Valencia, y lo emplean en la investigación y la lucha contra el cáncer infantil. Así que no puedo estar más orgullosa con este proyecto. Y si estás leyendo ese relato, tú también puedes sentirte orgulloso, pues con ello estás participando y formando parte de una buena causa.

Gracias por tu colaboración.

Quiero hacer una mención especial a mis superchicas, Carol RZ Correctora y Marien F. Sabariego, pues siendo como son unas personas increíbles y maravillosas, en cuanto les hablé de este proyecto se ofrecieron a aportar su granito de arena y donaron su trabajo a esta causa tan especial y emocionante.

Prólogo

—Hola, Marcos.

—Hola, Vero. Me alegra oírte. Laura y yo habíamos pensado llamaros este fin de semana para que os vinierais a pasar el fin de semana del cumpleaños de Hugo aquí en casa. Os echamos de menos.

—No podemos...

—¡Aaah, no! Recuerda que sigo siendo el dueño de ese hospital que diriges y te ordeno que te tomes este fin de semana libre. Así que no hay excusas, tú y Sebas os venís a Valencia. Os esperamos.

—Marcos, no puedo. —Verónica se puso a llorar.

—Vero, ¿qué te pasa? ¿Por qué estás llorando? —Marcos se sentía impotente, ya que no lograba consolarla; más bien, lloraba con más fuerza—. Vero, por favor, me estás asustando. Seguro que no es tan grave y tiene solución. —Al ver que su llanto no cesaba y que no reaccionaba, intentó tranquilizarla de otra manera—. Vamos, Vero. Si te puse en ese puesto, fue porque confiaba en ti. Si algo ha salido mal, lo solucionaremos entre los dos, no hace falta que te pongas así. Ahora, cuéntame qué ha sucedido. Seguro que no es tan grave —la animó.

—Marcos —pronunció al fin sorbiendo por la nariz intentando tranquilizarse—. Te necesitamos... Sebas y yo te-te-te necesitamos. —Volvió a llorar.

—Sabes que podéis contar conmigo. ¿Le ha pasado algo a Sebas?

—No, no, Sebas está bien.

—Entonces, ¿qué está pasando? Me estás poniendo nervioso.

—Necesito que vengas y que te sometas a unas pruebas —soltó de golpe.

—¿Por qué? ¿Para qué? —preguntó nervioso y muy confuso.

—Necesito tu médula ósea, y sabes que no te lo pediría si no fuera cuestión de vida o muerte.

Marcos se quedó paralizado y tuvo un *déjà vu*. En milésimas de segundo recordó cómo Laura, cuando aún no era su mujer, entró en su despacho a punta de pistola pidiéndole su médula ósea. Así, de repente, como el que pide a su vecino una barra de pan. Fue un duro golpe para él que una total desconocida apareciera pidiéndole algo tan vital e inconcebible, y también por cuestión de

vida o muerte. Su sonrisa se iluminó en cuanto recordó que, gracias a esa entrada tan espectacular e inesperada, su vida dio un vuelco de ciento ochenta grados y que, como consecuencia, encontró el amor verdadero y formó una familia. Desde entonces, era el hombre más feliz del planeta con su mujer y sus dos hijos.



Capítulo 1

Sebas sobrevolaba el cielo en su helicóptero en una misión de salvamento, pues transportar órganos era algo de vital importancia, ya que la persona que esperaba ese órgano dependía de él y de la rapidez con que lo hiciera para que el trasplante tuviera éxito. Una vez más, el paquete que transportaba tenía preferencia ante cualquier imprevisto, pues estaba destinado a salvar una vida. Ahí, en esa pequeña nevera, se hallaba un gran tesoro: un corazón sano dispuesto a palpitar de nuevo y dar vida y esperanza a un nuevo ser. Aunque su anterior dueño por desgracia ya no lo necesitaba, ese órgano estaba preparado

para volver a calentar los motores de una nueva vida. Era triste pensar que para que ese corazón diera vida a otra persona, otra había dejado de existir. Pero en realidad no lo hacía del todo, ya que al donar sus órganos, una parte de ellos existía en otro cuerpo. Gracias a ese milagro de la cirugía que eran los trasplantes de órganos se salvaban muchas vidas.

—Sebas, ¿por qué tienes tanta prisa hoy? —le pregunto Paco, su copiloto—. Como sigas pilotando así de rápido, acabaremos estampados contra cualquier montaña.

—Tengo una cita importante con Vero. Hoy es nuestro aniversario y si llego tarde a esa cita, es capaz de cortarme las pelotas. El año pasado se me olvidó, así que este año me la tiene jurada. Este último viaje no estaba programado, tengo que meterle caña a este trasto para llegar a tiempo.

—Creo que no le importará que llegues un poco tarde, ya sabes lo que dicen: más vale tarde que nunca.

—Confía en mí, podría sobrevolar estas montañas con los ojos cerrados.

—Si yo confío en ti, pero tampoco te pases —advirtió al ver a Sebas manipular los mandos con brusquedad para alzar más aún el vuelo antes de llegar a la montaña que tenían enfrente—. ¡Joder, macho! Mira que te gusta acojonarme —exclamó agarrándose con fuerza al asiento.

—Eres un *cagao*, no sé si podré llegar a confiarte mi vida en un momento de necesidad.

—Y tú un payaso, sabes que no... —Paco enmudeció al mirar hacia la montaña que se alzaba ante ellos. Allí vio un coche colgando sobre un árbol que sobresalía de la misma montaña—. ¡¡Joder!! —gritó aterrorizado al ver la escena.

—Estás viendo lo mismo que yo, ¿verdad? —habló Sebas con frialdad. Estaba acostumbrado a exponerse al peligro debido a su profesión, además de que había sido policía de un cuerpo especial, el GEO^[1], que le había hecho vivir situaciones extremas.

—Si te refieres a ese coche colgando del acantilado sobre ese puto árbol, sí, lo estoy viendo. Y no me lo puedo creer.

—Vale, no nos pongamos nerviosos. Voy a acercarme un poco para ver si hay supervivientes, y tú mientras llama a emergencias para que vengan cagando leches.

Sebas agarró con fuerza el mando y fue acercándose muy despacio, pero el aire que desprendían las aspas del helicóptero hizo que el vehículo se moviera y cayera un poco más hacia el vacío. El coche estaba aplastado y

atrapado sobre las ramas, con el morro colgando hacia el acantilado. Apenas se divisaba desde lo alto el portón del maletero entre el follaje. Parecía una misión imposible, ya que acabaría despeñándose en pocos minutos. Cuando el vehículo volvió a moverse, un grito desgarrador salió de su interior.

—¡¡Mierda, aún siguen vivos!! —gritó Paco aterrado.

—Vale, vale, no nos pongamos nerviosos —repitió Sebas para tranquilizar a su compañero—, eso no nos va a servir de nada. Necesito estar calmado para bajar ahí...

—¿¿Qué?! ¿¿Te has vuelto loco?! Ni Superman bajaría ahí abajo.

—Superman no, chaval, ese es una nenaza —bromeó para calmar los ánimos—. No voy a quedarme de brazos cruzados viendo como esa gente cae al vacío sin hacer nada —aseguró.

—Sebas, eso es un suicidio. Acabo de llamar y pronto vendrán los de emergencias. Es mejor esperar...

—Sabes tan bien como yo que no llegarán a tiempo —dijo mientras se quitaba el cinturón de seguridad—. Solo tienes que mantenerlo en la posición en la que acabo de dejarlo y, sobre todo, no hagas movimientos bruscos —informó una vez posicionó el aparato encima del vehículo a una distancia prudencial para que el aire que desprendía no volviera a desplazar el coche, ya que eso sería el final de esa pobre gente.

—¿Quieres que coja los mandos mientras te lanzas a una muerte segura?

—Sí, mira por donde al final he de confiarte mi vida. Así que no te rajes ahora, chaval. Todo depende de ti —dijo levantándose del asiento sin terminar de soltar los mandos.

—¡Qué hijo de puta eres! —Paco, aterrado, se desabrochó el cinturón para sentarse con rapidez detrás de los mandos sabiendo que Sebas acabaría soltándolos sin importarle nada, nada más que la vida de esas personas que colgaban sobre las ramas de ese árbol.

—Confío en ti. —Le guiñó el ojo antes de dirigirse a la parte trasera del helicóptero.

Con rapidez, abrió la puerta trasera y sacó el brazo con la grúa que utilizaban para los rescates en el aire. Cuando la tuvo ajustada, se puso un arnés y antes de bajar se aseguró de que su compañero lo escuchara bien por los cascos.

—Creo que Vero hoy acabará cortándome las pelotas.

—Si no lo hace ella, lo haré yo. Siempre acabas metiéndome en unos líos...

—Vamos, chaval, no te rajes ahora. Te necesito con todos los sentidos.

—Sebas, ¿estás seguro? Podríamos esperar a que llegaran...

—Esa gente nos necesita, Paco, y lo sabes.

—Muy bien, Rambo, estoy a tus órdenes. —Con esa broma logró que Sebas sonriera.

—Así me gusta. Solo tienes que hacer una cosa: mantener el pájaro firme. Y no me refiero al de tu entrepierna —bromeó saltando al vacío.

—Serás capullo. Ten cuidado o será a mí a quien Vero le corte las pelotas.

Sebas sonrió al escucharlo mientras descendía lentamente hacia esa maraña de ramas y metal que parecía estar a punto de desmenuarse. Pero la sonrisa se borró de su cara, pues desde ese punto se podía ver como el impacto del vehículo había conseguido arrancar las raíces del árbol del cual pendía toda esa catástrofe. Con cuidado, posó los pies en el maletero del coche; pero, en cuanto lo hizo, el árbol volvió a balancearse advirtiéndole que estaba en peligro de desprendimiento.

—Sebas, relájate —se decía a sí mismo para no cometer ningún error—. ¡¿Hay alguien ahí?! —gritó. Pero nadie contestó, así que volvió a insistir—. Si hay supervivientes, esta es la oportunidad de decir algo. Si no pueden hablar, golpeen cualquier cosa para que pueda oírlos.

El silencio parecía ensordecerlo y su instinto de supervivencia le gritaba que se alejara de allí, que si no obtenía respuesta no valía la pena arriesgarse. Pero de pronto recordó ese grito aterrador cuando se acercó con el helicóptero y decidió armarse de valor y jugársela por esa persona que ni siquiera conocía y que tampoco parecía seguir viva, ya que no había vuelto a dar señales de vida.

Con cuidado, puso los pies en las ramas del árbol, pero antes de eso se agarró al cable de la polea que lo sujetaba para no dejar todo su peso en ellas. En cuanto lo hizo, las raíces volvieron a resentirse.

—Por Dios, Sebas, sal de ahí —le pidió Paco—. Esas raíces no creo que aguanten mucho más tiempo.

—Lo harán, tienen que hacerlo.

—Sabes que otra persona podría morir si este corazón que transportamos no llega a tiempo. —Paco intentó con esas palabras que recapacitara y subiera de nuevo al helicóptero.

—Podría morir igualmente, no todos los trasplantes son efectivos. Aquí hay gente con una vida por delante y no voy a dejarles morir...

—Sebas...

—¡Cierra la puta boca! No voy a abandonarlos, y lo único que vas a conseguir es que me descentre.

—Está bien, ya me callo, pero ve con cuidado.

Sebas volvió a centrarse en su trabajo y, sacando un martillo del cinturón que siempre utilizaba para estos casos y que se había puesto antes de bajar, golpeó con fuerza la ventana del maletero, que se cuarteó en miles de trocitos. Con otro golpe, consiguió que cayera y escuchó de nuevo ese grito aterrador, pues el coche volvió a ceder y a hundirse un poco más entre la maleza.

Cuando el cristal desapareció, Sebas se quedó impactado ante lo que vio. El conductor tenía el cuello partido y parecía tener la cabeza encastrada dentro del parabrisas. A su alrededor, un charco de sangre teñía el cristal. En el asiento trasero, una mujer yacía sin vida; su cuerpo parecía haber sido traspasado como con un alfiler por un grueso tronco. De pronto, una bola temblorosa llamó su atención, consiguiendo que todo ese esfuerzo valiera la pena. En el respaldo del piloto, un pequeño cuerpo se curvaba sobre sí mismo abrazándose con fuerza, con la cabeza escondida entre sus rodillas para así evitar toda esa escena que parecía sacada de una película de terror.

—Hola, ¿puedes escucharme? —le habló con toda la calma que fue capaz de conseguir en un momento como ese—. Necesito que me digas si estás herida, si puedes moverte. —Pero sus palabras no parecían llegar hasta ella—. Vamos pequeña, sé que esto es muy difícil para ti, pero necesito que reacciones, estoy aquí para ayudarte. Dame la mano y te sacaré de esta pesadilla.

—Nooo, te-te-tengo miedo.

—Sé que tienes miedo, pero si confías en mí, todo esto acabará. Te lo prometo.

—Quiero estar con mi mamá y con mi papá —decía llorando sin control.

—Lo sé, pequeña, pero eso no va a poder ser.

—¿Es-es-están muertos?

—Sí, están muertos, por eso tienes que venir conmigo.

—¡Nooo! —gritó desesperada.

Sebas, al ver que no podría convencerla para que colaborara pues estaba en *shock*, decidió jugársela. Sin pensarlo demasiado, se coló por la ventana; pero cuando todo su peso cargó sobre el vehículo, las ramas empezaron a ceder y las raíces se desprendieron.

—¡¡Sebas, joder!! ¡Las raíces se están partiendo y las ramas se abren!

¡Sal de ahí, maldita sea! ¡Eso no aguanta más!

Sin escuchar lo que su compañero gritaba a través de los cascos, Sebas se arrodilló y agarró con fuerza a la niña. Esta, en cuanto sintió su amarre, empezó a gritar y a patalear, pero él con toda su fuerza la abrazó y la obligó a estar pegada a él, protegiéndola con su propio cuerpo. Cuando el árbol por fin cedió, todo fue arrastrado con él hacia el precipicio. Sebas agachó la cabeza hasta pegar su barbilla en la coronilla de la niña, la abrazó con más fuerza, cerró los ojos y deseó con todas sus fuerzas que esa ventanilla fuera lo suficientemente ancha para que los dos pudieran pasar por ella. Un dolor desgarrador lo atravesó desde el hombro hasta el codo, abriéndole una brecha a lo largo del antebrazo, pero, aun así, debía agradecer que los dos hubieran pasado por la ventanilla quedando colgados de ese cable metálico que los mantenía aferrados a esa grúa, y no en el fondo del precipicio donde se hallaban los restos del accidente que se había llevado los cuerpos sin vida de los padres de esa pequeña niña que en estos momentos se aferraba con fuerza a Sebas repitiendo una y otra vez las mismas palabras.

—No me sueltes, no-no me sueltes, no me sueltes.

—¡Ssshhh! No voy a soltarte pequeña, estás a salvo y no voy a dejar que nada te pase.

—¿Nunca vas a dejarme?

—No, nunca.

—¿Me-me lo prometes? —El llanto casi no la dejaba hablar.

—Te lo prometo.

Mientras la tranquilizaba, pulsó el mando que tenía en el arnés para que el cable los elevara hasta el helicóptero. Una vez dentro volvió a prestarle atención a Paco, el cual había desaparecido de su radar auditivo por todo el estrés que acababa de vivir, pero en el mismo instante en el que sus pies volvieron a estar en suelo firme todos sus sentidos regresaron e inmediatamente escuchó los gritos de su compañero a través de los cascos.

—¡Conseguirás que me dé un ataque al corazón! ¡¿Estás loco?! ¡¿Qué pretendías, morir por esa niña que ni siquiera conoces?!

—Paco, estamos bien, tranquilízate.

—Me alegro. Ahora mueve ese culo y ponte en los mandos, necesito un descanso después de todo lo que me has hecho pasar —dijo mientras alzaba el vuelo alejándose de esa montaña.

—Vas a tener que pilotar tú, chaval, no creo que pueda hacerlo.

—¡No me jodas, tío! ¡¿Qué te ha pasado?!

—Solo es un rasguño, pero necesito un hospital. Y nuestro corazón también.

—Ahora te preocupa ese corazón. Anda, sentaos y abrochaos el cinturón, a ver si con un poco de suerte llegamos a tiempo.

Sebas se dejó caer en el asiento y, con un último esfuerzo, se abrochó el cinturón con esa niña pegada a él, pues era como una lapa y no había manera de separarla de su cuerpo. Lo único que hacía era llorar y abrazarse a él sin dejar de presionar la herida en el brazo de Sebas, como si quisiera curarlo con sus propias manos.



©joojoo.etsy.com

Capítulo 2

Verónica estaba haciendo su ronda en el hospital cuando de pronto la llamaron al móvil.

—Sí, ¿han regresado ya Sebas y Paco con ese corazón?... Voy a matar a este hombre. ¿Es que no se da cuenta de que tengo aquí a un equipo entero esperándolo para hacer ese trasplante?... Como esa operación no se lleve a cabo, le voy a cortar las pelotas.

—Verónica, escúchame —la reprendió la enfermera al otro lado de la línea.

—Lo siento, Magda, pero me cabrean mucho los retrasos con estas cosas. ¿Qué está pasando?

—Sebas ha tenido un accidente...

—¿¿Qué?! —gritó paralizada por la impresión de esa noticia.

—No he podido averiguar muy bien qué ha pasado, Paco está muy nervioso para explicarnos nada. Solo sé que Sebas viene herido y que no tardará en aterrizar en la azotea.

—¡Mierda! Voy para allá. Quiero un quirófano preparado ahora mismo y un equipo para intervenirlo.

—Pero por qué eres tan exagera...

—No me preguntes por qué, pero tengo un mal presentimiento. Haz lo que te pido, por favor.

—Está bien, en diez minutos estará todo listo. Esperemos que no haya que usarlo.

—Ojalá.

Verónica salió corriendo hacia la terraza con un celador y una camilla. Su intuición normalmente nunca le fallaba. Solo rezaba porque no fuera tan grave y no necesitara todo lo que había ordenado.

Cuando el helicóptero aterrizó, Paco bajó de la cabina para dirigirse con rapidez a la puerta de atrás mientras Verónica se acercaba con mucho miedo, pues normalmente era Sebas el que bajaba de la cabina y abría la puerta trasera para que Paco descendiera con la nevera donde escoltaban el órgano para ser trasplantado. En ese mismo instante no le importaba el órgano que llegaba con retraso ni ese hombre que dependía de él para sobrevivir, solo deseaba ver a Sebas, comprobar con sus propios ojos que estaba bien y abrazarlo para que él hiciera desaparecer ese miedo que se había colado por todo su ser.

Sebas bajó del helicóptero con dificultad ayudado por Paco, pero, para su sorpresa, no bajaba solo, sino con una niña colgada de su cuello, abrazándose a él con fuerza y con sus pequeñas piernas enroscadas a su cintura. Parecía un pequeño koala abrazado a su madre, y por la fuerza con que lo hacía sabía que no sería fácil arrancarla de sus brazos. Verónica volvió a respirar con normalidad al verlo de una pieza y darse cuenta de que esa camilla sería más bien para la niña y no para él. Los nervios debieron confundirla y hacerle pensar que el que estaba herido era Sebas.

—¿Sabéis el susto que me he llevado? —los regañó a los dos una vez estuvo frente a ellos—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Quién es esta niña?

—Vero, necesito que me eches un vistazo al brazo.

Al escucharlo, se dio cuenta de su aspecto: estaba pálido y su cara

reflejaba un dolor agudo, raro en él, pues no se quejaba por nada. Fue entonces cuando se dio cuenta de que su brazo derecho abrazaba con fuerza a esa niña, pero el izquierdo colgaba por su propio peso, la cazadora estaba desgarrada y toda la manga llena de sangre, sangre que caía por la punta de sus dedos sin parar.

—¡Oooh, Dios mío! —gritó asustada en cuanto vio la brecha que recorría todo el antebrazo, así que empezó a dar órdenes—. Fede, acerca la camilla, no creo que tarde mucho en desva... —Aún no había terminado de decir esas palabras cuando Sebas cayó desplomado ante sus ojos—. ¡Mierda! Paco, encárgate de la niña, yo me llevo a Sebas al quirófano.

En cuanto intentaron separar a la niña de Sebas, esta se puso a gritar como una loca y a llorar desesperada.

—Niña, por favor, tienes que dejar que se lleven a Sebas.

—¡No, no, no, él me lo prometió! ¡Me prometió que no me soltaría y que no me dejaría nunca!

—Pero niña —insistió Paco.

—Déjame a mí, no tenemos tiempo para esto. —Se arrodilló en el suelo, pues aún después de que Sebas cayera al suelo ella seguía sin soltarlo, y le habló con dulzura—. Soy la doctora Verónica, sé que estás asustada y que no quieres alejarte de Sebas, pero si no lo sueltas y nos dejas curarlo, se desangrará y morirá. —Sabía que eran unas palabras muy duras para esa niña, pero necesitaba llevar a Sebas al quirófano ya y no tenía paciencia para perder el tiempo. Era eso o arrancarla de los brazos de Sebas a la fuerza, y tampoco se veía capaz de hacerlo por el estado en el que veía a esa pequeña.

—¿Va a morir? —preguntó asustada levantando la cabeza por primera vez.

—Si no nos dejas atenderlo, sí.

La niña se apartó de Sebas y se quedó paralizada mirándolo mientras lo subían a la camilla. Mientras lo hacían, Sebas susurró volviendo de entre los muertos:

—El corazón...

—No te preocupes por eso ahora, está en buenas manos. Ahora lo único que me importa eres tú, mi amor. Tienes que ponerte bien.

—Estoy... estoy bien. ¿Y la niña? —preguntó con sus últimas fuerzas antes de desmayarse de nuevo.

—Paco, encárgate de la niña. Parece ser que para Sebas también es importante —le ordenó mientras seguía al celador con la camilla—. ¿Y por

qué no intentas ponerte en contacto con sus padres? Estarán preocupados.

—Sus padres han muerto.

Verónica se quedó paralizada y de repente todo encajó en su cabeza. Volvió sobre sus propios pasos y se acercó a la niña para acariciar sus mejillas y quitarle las lágrimas que seguía sin poder retener.

—¿Tuviste un accidente con tus padres? —La niña afirmó con la cabeza —. ¿Sebas te salvó? —volvió a afirmar con otro movimiento de cabeza.

—¿Lo-lo-lo vas a curar?

—Sí.

—Prométemelo.

—Te lo prometo. Ahora quiero que te quedes con Paco mientras yo curo a Sebas, ¿vale? —La niña volvió a asentir con la cabeza.

Cinco horas más tarde, Verónica se reunía con ellos en la sala de espera. La niña, en cuanto la vio aparecer, echó a correr hacia ella y se abrazó a su cintura llorando de nuevo.

—¡Hey, tranquila! Ha sido largo, pero Sebas está bien.

—¿Cómo ha ido todo? —le preguntó Paco.

—Ha sido muy complicado, hemos tenido que recomponerle un tendón y una arteria que estaban seccionados. Le hemos hecho una transfusión, pues había perdido mucha sangre y necesitaba recuperarla cuanto antes. Ahora está estable y solo necesita reposo. —Mirando a la niña, le preguntó a Paco—: ¿Habéis localizado a algún familiar?

—No, no responde a las preguntas.

—A ver, déjame a mí. —Se puso a su altura y le preguntó—: ¿Cómo te llamas?

—Andrea. ¿Puedo ir con Sebas?

—¿Por qué quieres ir con Sebas?

—El prometió que cuidaría de mí.

—Primero debemos llamar a algún familiar, a tus abuelos o a tus tíos. ¿Podrías decirnos algún número donde localizarlos?

—Yo no tengo abuelos ni tíos, solo estábamos mis papás y yo.

—¿Quieres decir que la única familia que tenías eran tus padres? —La niña asintió con la cabeza.

—¡Mierda! —exclamó Paco—. Habrá que llamar a la asistente social.

—Esperemos a que traigan a sus padres y veremos qué hacemos con la información que lleven encima. Podría tener más familia y ella no saberlo.

—Ojalá tengas razón.

—¿Quieres ir a ver a Sebas? —le preguntó a la niña ofreciéndole la mano.

—Sííí —respondió con una leve sonrisa por primera vez agarrando con fuerza la mano que Verónica le ofrecía—. ¿Podré quedarme con él?

—Sí, pero debes tener mucho cuidado con su brazo, ¿vale? —Andrea volvió a asentir con la cabeza.

Una vez entraron en la habitación, Andrea se acercó a la cama, lo miró fijamente con una gran tristeza y le acarició la mejilla. Rodeó la cama, se subió en ella, se acomodó muy lentamente a su lado y, aferrándose a su brazo bueno, cerró los ojos y se quedó dormida.

En ese instante Verónica se dio cuenta de que la niña estaba agotada. Eran las cuatro de la mañana, debía de haber sido un día largo, extenuante, agotador y trágico para ella después de todo lo que había pasado y, sin embargo, había aguantado sin desfallecer hasta ese mismo instante en el que se había acostado al lado de Sebas buscando refugio. ¿Por qué no se había dado cuenta antes? La respuesta era evidente: ella no fue consciente de nada hasta no estar segura de que Sebas estaba fuera de peligro. Y ahora que él descansaba tranquilamente, ella necesitaba saber con pelos y señales qué había sucedido en ese accidente. Así que dejó a Andrea allí y fue en busca de la única persona que podía aclararle todo.

Cuando Paco le contó todo lo que había sucedido, Verónica creyó desfallecer al imaginarse toda esa situación.

—Tu marido es un héroe. ¡Joder! Es el putito Rambo. Si lo hubieras visto colgando de ese cable, saliendo de todo ese caos con la niña entre sus brazos mientras el coche se despeñaba por el acantilado, habrías flipado tanto como yo.

—Más bien me hubiera muerto de un infarto. Con razón esa niña no se aparta de su lado.

—Cómo se va a apartar. Para ella, Sebas debe ser como su Superman particular. Aunque según tu marido Superman es una nenaza. —Verónica se echó a reír por ese comentario.

—Este hombre un día va a dejarme viuda como siga así.

—Yo estaría disponible y sería capaz de dejar la acción si me lo pidieras.

—Tendré que decírselo a Sebas, a ver si él es capaz de dejar la acción por mí.

—¡Uuuf! Calla, calla, ni se lo nombres, porque entonces ya no me daría tiempo a dejar nada, más bien moriría entre sus manos por atreverme a mirar a su mujer.

—Qué tonto eres —se rio—, Sebas no mataría ni a una mosca.

—A una mosca, no, pero al que se atreviera a tocarte, no le daría tiempo ni de arrepentirse de ello.

—Es muy tarde ya, ve a descansar. Debes estar agotado.

—Sí, mañana volveré para ver cómo sigue. —Se despidió con un beso y abandonó el hospital exhausto.

Verónica entró en la habitación muy despacio pues no quería despertar a Andrea, que seguía dormida al lado de su salvador, ya que con todos los calmantes que Sebas tenía en ese gotero era imposible que despertara. Por un momento no pudo dejar de pensar en su cuerpo, ese cuerpo increíblemente hermoso en el cual se deleitaba cada noche. Su pecho fuerte y musculado, creado para abarcar un corazón grande, lleno de amor hacia ella y esa necesidad imperiosa por salvar a todo aquel que se encontrara en peligro. Sus brazos, con sus bíceps y tríceps perfectamente marcados para envolverte en un fuerte abrazo y hacerte sentir la mujer más especial y deseada del mundo, pero con una fuerza asombrosa para salir de situaciones límites como la que acababa de vivir. Por eso era comprensible que esa pequeña se agarrara a su brazo para sentirse segura y, junto a él, durmiera plácidamente.

Verónica se sentó en el sofá y se quedó dormida observándolos.



Capítulo 3

A la mañana siguiente, cuando despertó, ninguno de los dos se había movido. Verónica se acercó a Sebas e intentó chequearlo muy despacio para no despertarlo, pero en cuanto él sintió el estetoscopio en su pecho, abrió los ojos.

—Hola, preciosa. Siento no haber acudido a esa cita. ¿Mis huevos siguen en su sitio? —bromeó con la voz apagada, pues aún se sentía débil.

—Nunca dejas de bromear, ni siquiera en un momento como este. — Precisamente ese era uno de sus encantos y por el cual se metía a la gente en el bolsillo en cuanto lo conocían—. No sé si besarte o matarte después del susto que me has dado.

—Opto por el beso, la muerte mejor la dejamos para otra ocasión.

Verónica se sentó a su lado, le sonrió y le acarició la mejilla. Después, lo besó con mucha ternura.

—No vuelvas a hacer una locura como esa. ¿Qué sería de mí si algo te pasara? No puedes seguir jugándote la vida cada vez que alguien está en peligro, no...

Sebas le puso un dedo en la boca para que callara, pero, al hacerlo,

Andrea quedó desamparada de su brazo e instintivamente porque seguía dormida se abrazó a su cintura. Cuando Sebas la sintió a su lado por primera vez, pues con la conversación que había tenido con Verónica no se había dado cuenta de su presencia, volvió a abrazarla. La niña suspiró con fuerza y se aferró más a su cuerpo.

—¿No crees que ha valido la pena jugársela por ella? Porque yo volvería a hacerlo.

—Sí, joder, pero cada vez que te vas no sé si volverás, y eso acabará un día por volverme loca. Ayer fue un brazo, antes de eso una pierna, un hombro dislocado, unas costillas fracturadas, un tobillo desplazado... Tengo miedo de que un día seas tú el que aparezca en una bolsa, como lo harán sus padres en cuanto los saquen de ese precipicio —le habló bajito para que la niña no la escuchara.

—Eso no va a suceder.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Es muy sencillo. Aprecio mucho mis testículos y sé que, aun después de muerto, eres capaz de cortármelos para cumplir tu amenaza si no vuelvo de una pieza. Y aunque estuviera muerto preferiría que siguieran en su lugar —bromeó, consiguiendo una sonrisa de Verónica y un beso, que le regaló con mucha ternura.

—Estás loco, pero sí, tienes razón. Si no cumples lo que me prometiste el día de nuestra boda, serás el primer muerto eunuco, así que atente a las consecuencias.

—¿Ves? Por eso siempre volveré a ti de una pieza, cariño. —Sonrió mientras la invitaba con la mirada a que se acercara para poder besarla con mucha pasión, algo a lo que ella no pudo resistirse—. Te quiero, preciosa, y siempre volveré a ti.

—Yo también te quiero.

—Ahora vas a explicarme por qué esta niña aún sigue pegada a mí como un koala. ¿Nadie ha venido a buscarla? ¿No habéis encontrado a su familia?

—Sus padres deben estar con el forense y supongo que la policía estará investigando si tiene más familia. Según ella, solo tiene a sus padres. Espero que no sea así, no quiero ni imaginar cómo se sentirá si después de perder a sus padres tiene que irse a una casa de acogida rodeada de desconocidos.

—Eso sería muy injusto. Es preciosa, ¿verdad? —decía Sebas mirando a esa niña que dormía plácidamente entre sus brazos—. Parece un ángel, con ese pelo tan rubio y esos ojos tan azules. En cuanto me miró al sacarla de ese

coche y me suplicó que no la soltara, supe que el riesgo había valido la pena.

—Sí, y desde entonces nadie la ha podido apartar de tu lado. No puedes imaginarte cómo te agarraba antes de que entraras al quirófano y cómo se tumbó a tu lado exhausta y se quedó dormida nada más aferrarse a tu brazo cuando te trajimos a la habitación. Desde entonces está ahí, pegada a ti.

—¿La has revisado? ¿Estará bien?

—No, no la hemos revisado. A simple vista parece estar intacta...

—¡Joder, Vero! Parece mentira que precisamente tú no la hayas revisado. Después de ese accidente no puede estar intacta. ¿Tú sabes cómo estaba ese coche cuando lo encontré? Podría tener alguna lesión interna.

—Pe-pero ella estaba bien y tú-tú estabas herido, por eso no le presté atención —tartamudeaba al darse cuenta del terrible error que acababa de cometer. Cualquiera persona que hubiera entrado al hospital después de tener un accidente de ese calibre habría sido chequeada, pero ella estaba tan preocupada por Sebas que no pudo pensar en esa niña—. Tienes razón, debí ordenar a otro médico que la revisara mientras nos ocupábamos de ti. ¡Qué estúpida!

—Bueno, vale, aún estás a tiempo de echarle un vistazo. Seguro que no tiene nada, pero mejor nos aseguramos, ¿no?

—Tienes razón. En cuanto se despierte, yo misma me encargaré de que le hagan una revisión de pies a cabeza.

—Esa es mi chica, tiene suerte de estar en las mejores manos.

—No seas exagerado. Los ginecólogos solo nos encargamos de traer bebés a este mundo, después, es cosa de los pediatras.

—Sí, pero tú diriges el cotarro —bromeó haciéndola reír—, así que estará en las mejores manos gracias a ti.

—Eso sí, *yo* la pondré en las mejores manos. —Sonrió guiñándole un ojo.

—Sebas, ¿estás bien? —La voz de Andrea llamó la atención de ambos, que la miraron sorprendidos por la pregunta.

—Pues claro que estoy bien, mi pequeña Koala. —Con ese apelativo cariñoso, la hizo sonreír—. No debes preocuparte por mí, solo ha sido un pequeño rasguño.

—Lo sé, los superhéroes nunca se hacen daño, ¿verdad? —le preguntó a Verónica.

—No, nunca se hacen demasiado daño —respondió Verónica—. Aunque esta vez nuestro superhéroe está un poco magullado y tiene que tomarse las

cosas con calma.

—Yo cuidaré de él y se pondrá bien —aseguró Andrea dándole un beso en la mejilla.

—Vaya, creo que esto de estar pachucho me va a gustar demasiado. Voy a necesitar muchos mimos para ponerme bueno.

Andrea volvió a besarlo muchas veces en la mejilla y sonrió complacida cuando Sebas la estrechó con su brazo bueno y la besó en la frente. Verónica estaba pasmada, nunca había visto a Sebas tan cariñoso con un niño. Normalmente, era bastante distante con ellos, a excepción de Hugo y Luna, los hijos de Marcos y Laura.

—Ahora debes venir conmigo, Andrea.

—¡¡No!! —gritó la niña asustada.

—Tienes que acompañarme, has de desayunar y después un compañero mío te echará un vistazo para comprobar que todo está bien.

—¡Estoy bien y no tengo hambre! ¡No quiero ir a ningún sitio! —gritaba de nuevo abrazándose a Sebas con fuerza.

Cuando Verónica intentó cogerla del brazo para separarla de Sebas, se puso a gritar y a llorar desesperadamente aferrándose más a él. Sebas le hizo un gesto para que la soltara e intento tranquilizarla acariciando su espalda.

—Andrea, cariño, debes ir con Verónica. Ella cuidará de ti.

—No, yo solo quiero estar contigo. Tú me lo prometiste, me prometiste que nunca me dejarías.

—Y no voy a dejarte, estaré aquí esperando a que vuelvas después de comer algo y de que un médico te vea para asegurarnos de que estás bien.

—Pero estoy bien.

—Sí, pero necesito que un médico me lo asegure, y solo así podrás volver conmigo.

—Si dejo que un médico me vea, ¿podré estar siempre contigo?

—Sí, mi pequeña Koala. —Andrea volvió a reír al escucharlo.

—Sebas, no deberías...

—Ahora no, Vero. —Sabía lo que le iba a decir, sabía que no debía darle falsas esperanzas, pero esa niña había pasado por un infierno y haría lo que fuera para que se sintiera mejor—. Ahora quiero que vayas con Vero, que desayunes y que dejes que te hagan todas las pruebas. Mientras, yo estaré aquí esperándote, ¿vale?

—Vale —contestó apenada. Y, limpiándose las lágrimas, se levantó de la cama resignada y se agarró a la mano que Verónica le ofrecía con una sonrisa.

Sebas se quedó en esa habitación solo y desconsolado preguntándose por qué. Por qué esa niña de repente significaba tanto para él, por qué no soportaba verla llorar ni tan abatida. Por qué ese deseo imperioso de protegerla, esa necesidad de saber que se encontraba bien.

Dos horas después, Verónica regresaba con Andrea. Fueron dos horas interminables para Sebas, pues tanta tardanza empezaba a preocuparle y se ponía en lo peor, como que tuviera alguna lesión interna después de ese maldito accidente que hiciera imposible salvarla de una muerte inminente.

—¡Joder! ¿Por qué habéis tardado tanto? ¿Cómo han salido los resultados?

—Ahora no puedo hablar contigo, Sebas, tengo que hacer algunas averiguaciones.

—Ni se te ocurra dejarme así —le advirtió cuando vio las intenciones de Verónica de abandonar de nuevo la habitación.

—Volveré cuando pueda darte una explicación razonable —fue lo último que dijo antes de abandonar la habitación.

—¡¡Joder!! —gritó con furia. Inmediatamente, se dio cuenta de que Andrea estaba parada en el centro de la habitación y lo miraba asustada—. Ven, pequeña —le habló con calma estirando su mano para que se acercara. Andrea echó a correr y se subió a la cama, acurrucándose en su brazo—. No debes asustarte, nunca te haría daño. —Le besó la cabeza.

—Lo sé, me asustan los médicos. No me gustan los médicos.

—¿Por qué?

—Porque siempre me pinchan y me ponen goteros, odio los goteros.

Sebas se quedó paralizado al escuchar esas palabras y comprender que no se refería a Verónica ni a lo que pudiera haberle hecho en esas dos horas que habían estado separados.

—¿Estás enferma?

—Sí.

—Y, ¿sabrías decirme qué te pasa?

—No, solo sé que voy a morir.

—¡¡Joder!! No digas eso ni en broma. —Sebas estaba aturdido al escuchar todo lo que decía.

—Mi papá se lo decía a mi mamá cuando creían que yo no los escuchaba.

—Tu papá debía estar confundido o probablemente no hablaba de ti.

La puerta se abrió de golpe y una de las enfermeras entró acompañada por dos mujeres más.

—¿Qué pasa, Magda? —preguntó Sebas mirando a esas dos mujeres.

—Somos asistentas sociales y venimos a llevarnos a Andrea.

—No quiero ir con ellas —susurró Andrea agarrándose con fuerza a su brazo.

—Nadie va a llevarse a la niña de aquí —les advirtió Sebas incorporándose de la cama. Pero se tuvo que sentar en ella, pues se mareaba.

Andrea aprovechó el movimiento de Sebas para pegarse a su espalda y abrazar su cintura escondiéndose de esas dos mujeres que parecían dispuestas a llevársela lejos de su superhéroe.

—Señor, esa niña ha perdido a sus padres. No tiene más familia, así que pasa a estar a cargo del gobierno, y nosotras somos las responsables de ella.

—Me importan una mierda sus leyes, no van a llevársela a ningún sitio. Y si para eso he de adoptarla, ya pueden empezar a rellenar los papeles.

—Las cosas no son tan fáciles si usted desea adoptar un niño.

—¿Es usted estúpida o se lo hace? No voy a adoptar a ningún niño, la quiero a ella, y por esa misma razón no van a llevársela.

—Mire, señor, no tiene por qué faltarme al respeto. Yo solo hago mi trabajo.

—Pues aquí está perdiendo su tiempo. Llamaré a mi abogado, haré lo que tenga que hacer, pero no van a llevarse a esta niña a ningún puto internado.

—Ya basta —dijo la otra mujer que aún no había abierto la boca—. Andrea irá a una casa de acogida hasta que le encontremos una familia, así que puede llamar a quien le dé la gana, pero esta niña se viene con nosotras ahora.

—¡No quiero ir con ellas, Sebas! ¡Quiero estar contigo!

La mujer se acercó a la cama y cogió a Andrea del brazo con fuerza para separarla de Sebas. En cuanto la tocó, empezó a gritar y a llorar con desespero. Por su herida, Sebas no fue lo bastante rápido, así que la mujer consiguió bajarla de la cama. Mientras Andrea pataleaba y se resistía alargando los brazos hacia Sebas, este intentaba levantarse sin éxito, pues aún estaba demasiado debilitado por la pérdida de sangre.

—¡¡¡Suéltala ahora mismo porque si me obligas a...!!!

—¡¡¿Qué está pasando aquí?!! —gritó enfurecida Verónica al ver a Andrea con ese ataque de nervios, a esa mujer sujetándola con fuerza y a Sebas dispuesto a matar a alguien por la cólera que desprendían sus ojos. Todos enmudecieron al escuchar el grito de Verónica—. Suelte ahora mismo a esa niña si no quiere que llame a seguridad.

—Doctora, soy asistente social y hemos venido a llevarnos a Andrea...

—Vero, por favor, no podemos dejar que se la lleven —le suplicó Sebas.

—Nadie va a sacar a esta niña de mi hospital.

—Doctora, sea razonable, no querrá que llamemos a las autoridades.

—Puede llamar a quien le dé la gana, incluso al ejército si le hace ilusión. Andrea es paciente de este hospital y hasta que yo no firme el alta, nadie va a sacarla de aquí.

—¿De qué está hablando? Ella no pertenece a este hospital.

—No pertenecía —le aclaró—, pero desde hace unos diez minutos todo su historial médico ha sido trasladado aquí, así que podría decirse que yo soy la responsable de esta niña de ahora en adelante hasta que pueda abandonar este hospital. Y si usted es una buena profesional, sabrá de lo que hablo, ¿verdad? Sabrá que Andrea no padece un simple resfriado y que su estancia aquí va a ser muy larga. Y ahora ¿va a soltar a mi paciente o quiere que llame a seguridad?

Cuando Andrea se vio liberada por esa mujer, se lanzó a los brazos de Sebas, que inmediatamente la arroparon con fuerza y le dieron la seguridad que necesitaba.

—¡Ssshhh! Tranquila, cariño, nadie va a llevarte a ningún sitio —intentó tranquilizarla Sebas besando su cabeza.

—Está bien, nos marchamos. Pero si nos ha engañado, volveremos con las autoridades pertinentes para llevarnos a la niña.

—Entonces hasta nunca, aquí no las necesitamos —las despidió Verónica con mucha confianza en sus palabras.

En cuanto el pediatra que Verónica puso a cargo de la niña le dio los resultados de sus análisis, esta no dudó en llamar a un equipo. Todos estudiaron el caso inmediatamente y dedujeron que la niña debía estar siendo tratada en otro hospital. Se puso en contacto con la policía y, en cuanto le dieron todos sus datos, llamó al hospital público en el cual Andrea estaba siendo tratada de una anemia aplásica bastante avanzada. Habló con el director, que era amigo suyo, y consiguió que la remitieran a su hospital. Era lo mejor para esa niña, pues allí tenían los mejores adelantos y el doctor Román, dueño del hospital, era el mejor hematólogo/oncólogo pediátrico. Y aunque él ya no estuviera allí, cada vez que lo necesitaban, acudía a la llamada.

—¿Estás bien, cariño? —le preguntó Verónica acercándose a ellos. La niña se soltó de los brazos de Sebas y se lanzó a su cuello—. Tranquila, nadie va a sacarte de aquí. ¿Por qué no nos dijiste que estabas malita y que tus

padres te llevaban al hospital?

—Porque no quería que volvieran a pincharme y me pusieran goteros. Odio los goteros —insistió una vez más.

—Vero, ¿qué está pasando? ¿Qué le pasa a la niña?

—Ahora no es el momento, Sebas, hablaremos más tarde. —Le hizo un gesto mirando a Andrea para dejarle claro que lo que tenía que contarle no lo podía hacer con ella presente—. Tengo que volver al trabajo y quiero que los dos os quedéis muy quietecitos.

—Vale —dijo Andrea entusiasmada sabiendo que ya nada la separaría de Sebas.

—Y tú haz el favor de tumbarte y tomarte las cosas con calma, aún no estás para heroicidades —le advirtió a Sebas—. Es una orden.

—¡¡Señor, sí, señor!! —exclamó Sebas como si estuviera en el ejército tumbándose en la cama de nuevo, haciendo reír a las dos.

—Anda, que no eres más payaso porque no te entrenas. —Le guiño un ojo a Andrea al decir eso y la niña se tapó la boca al reírse.

—¿Te ríes de mí? —le preguntó Sebas a Andrea.

—No, me río de lo que ha dicho Vero —contestó haciendo reír a los dos mientras se subía a la cama con Sebas.

—Chica lista —dijo Sebas.

—Sí, una respuesta muy inteligente. Tendremos que tener cuidado con esta señorita —bromeó Verónica—. Ahora sí tengo que irme, portaos bien.

—Sí, mamá —volvió a decir Sebas, mirando a Andrea y riéndose con ella.

—Sebas, ¿tú y Vero vais a ser mis nuevos papás? —le preguntó preocupada cuando se quedaron solos.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque le dijiste a esa horrible mujer que ibas a adoptarme y yo no quiero tener otro papá. Quiero que tú seas mi papá. —Una vez más, Andrea se puso a llorar—. Echo de menos a mis pa-padres, sé que no voy a volver a-a verlos, necesito otros papás y-y-y tú y Vero podríais ser mis papás.

—¡¡Ssshhh!! Te prometo que haré lo que haga falta para ser tu papá y que nunca voy a dejarte sola. ¿Sabes por qué? —Levantó su cara para mirarla a los ojos mientras le limpiaba las lágrimas con los dedos, al tiempo que ella negaba con la cabeza intentando controlar el llanto—. Porque eres mi pequeña Koala y voy a necesitar siempre tus abrazos.

Andrea sonrió entre tantas lágrimas y se abrazó a su cuerpo sintiendo esa

paz y tranquilidad que él le proporcionaba, pues con Sebas se sentía segura y sabía que nada malo podía pasarle.

—Te quiero.

Con esas dos palabras, tan pequeñas pero tan grandes al mismo tiempo, ya lo había conquistado. Ya nada ni nadie podría separarla de él, pues nada más escucharlas supo que el sentimiento era mutuo y que no descansaría hasta convertirse en el padre de esa preciosa niña. Solo esperaba que Verónica lo apoyara y quisiera convertirse en madre, pues nunca tuvo intención de serlo, ya que su trabajo no le dejaba demasiado tiempo libre y decía que no quería tener hijos para que se los criara otra persona.



Capítulo 4

Era ya de noche cuando Verónica regresó. Había tenido varias urgencias y se le había complicado el día, así que cuando llegó, ya habían cenado y Andrea estaba dormida al lado de Sebas.

—Hola, ¿cómo está?

—Bien, se acaba de dormir. Vero, tenemos que hablar.

—Uuuyyy, qué serio te has puesto, raro en ti. ¿Te duele? ¿Han venido a hacerte la cura? —le preguntó preocupada acercándose a él.

—Sííí, estoy bien, no quiero hablar de mí.

—Está bien, te escucho.

—Quiero adoptarla —dijo mirando a Andrea—, y necesito que me apoyes en esto.

—No sabes lo que estás diciendo...

—Sé perfectamente lo que estoy diciendo y estoy dispuesto hacer cualquier cosa para conseguirlo. No voy a dejarla con extraños, nos necesita.

—Sebas...

—¡Joder, Vero! Sé que nunca has querido ser madre y no te estoy pidiendo que lo seas, solo que me apoyes. Ella será mi responsabilidad, tú no

tienes que hacerte cargo de nada.

—Sebas, no puedes adoptarla, esta niña está muy enferma y podría morir.

—Lo sé.

—¿Qué?! ¿Cómo lo sabes?! —pregunto extrañada.

—Ella me lo ha contado.

—Ella sabe la gravedad de su enfermedad.

—Escuchó a sus padres.

—¡Joder! Y aun así estas dispuesto a hacerte cargo de ella. Por Dios, Sebas, acabas de conocerla.

—Lo sé, sé que parece una locura, pero... ya no podría dejarla sola. Necesito saber que va a estar bien, necesito protegerla, cuidarla. La quiero, Vero. Aunque parezca una locura, es lo que siento.

Verónica se sentó a su lado y lo besó con mucha ternura en los labios. Amaba a ese hombre precisamente por lo que era, un hombre bueno, generoso, cariñoso, leal, capaz de arriesgar su vida por los demás, de dar más de lo que recibía, de amar con tanta fuerza y tanta pasión que lograba enloquecerla. Así que si él estaba dispuesto a luchar por esa niña, ella lucharía a su lado, y si él estaba dispuesto a convertirse en el padre de esa niña, ella sería una madre para Andrea. Lo que no tenía muy claro era si lograría serlo.

—¿Eso quiere decir que vas a apoyarme? —le pregunto después de ese beso.

—Eso quiere decir que si tú vas a ser papá, yo tendré que sentar la cabeza, ¿no? —bromeó haciéndole reír.

—¿Estás segura?

—Solo hay un problema, no sé si seré una buena madre.

—Vas a ser una madre estupenda y estoy seguro de que va a adorarte.

—No, ella ya tiene a quien adorar, a su superhéroe, y estoy segura de que nadie más va a ocupar ese lugar.

—Todos los niños necesitan una madre y un padre, y Andrea te va a necesitar tanto como me necesita a mí. Además, acabarás siendo su heroína, ya que vas a curarla.

—Sebas, eso no sé si va a poder ser. Y, además, va a ser un camino largo y doloroso.

—Confío en ti, preciosa. Sé que harás cualquier cosa para salvarla y juntos conseguiremos cruzar ese camino, por muy duro que sea.

La abrazó y la besó con tanta ternura y tanta pasión que Verónica supo que con él todo valía la pena. Valdría la pena luchar contra esa horrible

enfermedad por esa preciosa niña que ya formaba parte de los dos desde el mismo instante en el que Sebas decidió jugarse el tipo por ella, y valdría la pena aumentar la familia aunque nunca hubiera estado en sus planes.



©joojoo.etsy.com

Capítulo 5

Sebas estuvo una semana ingresado y en todo ese tiempo compartían todas las horas juntos, pues Verónica había ordenado que colocaran una cama al lado de la suya para la niña. Por las noches, Andrea y ella dormían juntas, ya que Verónica no quería volver a casa teniéndolos a ellos allí, así que compartían desayunos, comidas y cenas como cualquier familia, unas veces en la habitación y otras en el restaurante del mismo hospital. Andrea se sentía muy tranquila con Sebas y cada vez que necesitaba un gotero, él la entretenía para que no se le hiciera muy pesado. Cuando se encontraba mejor, Andrea no dejaba de hablarle, de pedirle que le contara todas sus heroicidades en el trabajo, y Sebas exageraba las escenas para entretenerla dejándola siempre

con la boca abierta, mientras se reía diciéndole:

—Te lo crees todo, ¿cómo voy a ser capaz de hacer semejante barbaridad?

—Porque eres un superhéroe.

—Aaay, mi pequeña Koala. —Andrea sonrió, siempre sonreía cuando la llamaba así—. Para ti siempre seré tu superhéroe por la manera en la que nos conocimos, pero normalmente mi trabajo no es tan arriesgado. Solo soy un piloto que transporta órganos de un hospital a otro.

—Pero gracias a eso también salvas vidas, ¿no?

—No, las personas que por desgracia mueren para donar sus órganos son los héroes en este caso, no yo.

—Sebas, no me encuentro bien.

—¿Qué te pasa?

—No puedo respirar.

—¡Mierda! Está bien, cariño, no te pongas nerviosa y respira conmigo lentamente, sin prisa. —Mientras intentaba tranquilizarla, llamaba a Verónica al móvil—. Vero, necesito que vengas ya, Andrea no puede respirar.

Verónica apareció en la habitación en diez minutos y con ella el pediatra oncólogo del hospital. En unos minutos le habían colocado el oxígeno y la habían estabilizado, pero todos sabían que la cosa no iba a ir a mejor, sino todo lo contrario.

—Verónica, sabes que a partir de ahora, si no encontramos un donante, la cosa se va a poner muy fea, ¿verdad? Los goteros ya no le hacen efecto, necesita un trasplante.

—Lo sé, lo sé, lo sé, pero su madre murió, ¿recuerdas? Y es muy difícil encontrar otro donante compatible.

—Difícil no, imposible con esa sangre —aseguró el médico—. Os dejo, cualquier cambio en ella me avisas.

—Gracias, Damián —lo despidió. Se volvió hacia Sebas con una gran tristeza en la mirada—. Sebas...

—No, no, no, no, no puedes decirme que no hay nada que hacer. Porque yo no salté a ese puto coche arriesgando mi vida para salvarla para que ahora me digas que va a morir igualmente. —Sebas tenía los ojos encharcados en lágrimas—. No podemos dejarla morir, no puedo perderla, Vero. —Al terminar de decir esas palabras, se derrumbó y no pudo evitar el llanto.

Verónica lo abrazó con fuerza y se echó a llorar en silencio con él. No soportaba ver a ese hombre tan fuerte y grande destrozado por el dolor de

saber que podía perder a esa niña que de la noche a la mañana se había convertido en la persona más importante de sus vidas. Porque sin apenas darse cuenta, esa pequeña Koala, como le decía Sebas, se le había colado en el corazón y aunque no sabía si llegaría a ser una madre modelo, estaba completamente segura de que sin haberla tenido nueve meses en su barriga y sin haberla parido la quería como cualquier madre quiere a su hijo, y el simple hecho de poder perderla le desgarraba el corazón.

—Solo conozco a una persona con la sangre AB como Andrea —susurró Verónica sin aliento.

—¿Quién? ¿Y por qué no lo dijiste antes?

—Porque que tenga su tipo sanguíneo no quiere decir que sea compatible. No tienen los mismos genes y probablemente no pueda hacer nada por ella.

—Si no lo intentamos, nunca lo sabremos. Y si no hacemos hasta lo imposible, no nos lo podremos perdonar nunca, ¿no crees?

—Está bien, lo llamaré, pero no quiero que te hagas ilusiones, prométemelo. Todo podría salir mal.

—Vero, ¿de quién estamos hablando?

—De Marcos.

—Marcos, ¿mi amigo, el tuyo, tu jefe?

—Sí, ese Marcos.

—¡Joder, Vero! ¿Y de qué tienes miedo tratándose de él? Marcos jamás te daría la espalda en un caso como este.

—Lo sé, lo que me aterra es que él es el único que puede hacerlo. ¿Y si no sirve? ¿Qué más podemos hacer?, solo resignarnos y verla morir. No sé si seré capaz.

—Sé que estás aterrada, igual que yo, pero tenemos que ser positivos. Marcos podría ser compatible y sabes que es el mejor. En cuanto se entere, vendrá y pondrá todo su empeño en salvarla, y eso es precisamente lo que necesitamos, al mejor para nuestra pequeña Koala. ¿No estás de acuerdo conmigo?

—Sí. Voy a hablar con él. Subiré al despacho, no quiero que se despierte la niña y me escuche.



Capítulo 6

Marcos volvió a la realidad cuando escuchó al otro lado del teléfono los gritos de Verónica.

—Marcos... Marcos... ¿estás ahí? ¡Joder! No debí soltarte esto así, lo siento, es que estoy muy nerviosa. —Volvió a llorar una vez más.

—Tranquila, sigo aquí —contestó saliendo de su pequeño *déjà vu* al escuchar de nuevo su llanto—. Ahora vas a explicarme qué está pasando y por qué me pides algo tan vital como eso. ¡Joder, Vero! Que no me estás pidiendo una donación de sangre.

—Lo sé, y lo siento —decía enjugándose las lágrimas.

—¿De quién se trata? —preguntó muy serio al verla tan compungida.

—Es mi hija, Marcos, y solo por ella sería capaz de pedirte algo así.

Marcos se quedó tan sorprendido que hasta parecía que la sangre desaparecía de sus venas por la impresión, provocándole taquicardias, mientras se preguntaba a sí mismo: ¿Podría volver a ocurrir? ¿Podría volver a tener un hijo sin saberlo? ¿Y con Vero?

—Vero, yo solo doné espermatozoides una vez en mi vida y ese ya se utilizó. Y, que yo sepa, tú y yo nunca nos hemos acostado. Y... ¿desde cuándo tienes una

hija? ¿Y por qué nunca me lo habías dicho? ¿Lo sabe Sebas? —No podía dejar de hacer preguntas porque todo le parecía muy extraño.

—Marcos, tranquilízate y déjame explicarte. Primero, no es tu hija, puedes estar tranquilo. Segundo, nunca te había hablado de mi hija porque en realidad nunca he tenido una hasta ahora. Y tercero, Sebas lo sabe. Es más, ha sido él el que se ha empeñado en adoptarla y yo no me he podido negar.

—¿Habéis adoptado una niña?

—Sí, bueno, estamos en ello.

—¿Está enferma?

—Sí.

—¿Qué le pasa?

—Anemia aplásica, muy grave y avanzada.

—¡Joder, Vero! ¿Sabes lo que eso significa? ¿Cómo coño adoptáis una niña así?

—Sebas la rescató, sus padres murieron en ese accidente y no tiene a nadie. Y ya conoces a Sebas.

—Sí, lo conozco. Ahora cree que es su responsabilidad, ¿verdad?

—Así fue al principio, el problema es que esa pequeña nos ha conquistado a los dos y ya no podemos dejarla.

—Debe ser muy especial.

—Lo es.

—Vero, sabes que podéis contar conmigo para lo que sea. Si quieres que la trate, lo haré, pero que mi médula salvara a Hugo no quiere decir que pueda salvar a todos los niños que lo necesiten.

—Marcos, Andrea es AB, y solo conozco a una persona con la misma sangre: tú. Su madre iba a ser la donante, pero murió en ese accidente, por eso tú eres nuestra última esperanza. Y ya sé que, aunque tengas la misma sangre, es casi un imposible; pero como dice Sebas, si no lo intentamos todo, nunca nos lo perdonaremos.

—Está bien, mándame el historial. Lo estudiaré, me haré las pruebas y si existe la más mínima posibilidad de salvarla, lo haré.

—Gracias, gracias, gracias...

—Vero, no tienes que darme las gracias. Lo haría por cualquiera, pero en especial por tu hija. Qué raro me suena eso, voy a tener que acostumbrarme a verte como a una mamá —bromeo haciéndola reír.

—Hasta yo tengo que acostumbrarme a verme como una mamá. —Esta vez rieron juntos—. Pero Andrea es especial. Cuando la conozcas, me

entenderás. Es preciosa, cariñosa, inteligente, y nos tiene locos a Sebas y a mí.

—¿Cómo está Sebas?

—Preocupado y nervioso. Creo que si algo le pasa a esta niña, no podrá soportarlo. Hasta creo que la quiere más que a mí.

—No lo creo, te lo dice un hombre que nunca pensó que llegaría a enamorarse ni a tener hijos, y ahora que tengo ambas cosas, te diré que se quieren con la misma fuerza pero de distinto modo. No tiene nada que ver el amor que sientes por un hijo que por tu mujer, pero los dos son igual de importantes y necesarios en tu vida.

—Quién te ha visto y quién te ve, don Juan, a ti, que no se te escapaba ni una.

—Ese era el otro yo, el Marcos antes de conocer a Laura, y desapareció cuando la conocí hace cinco años.

—Lo sé, solo bromeaba. Y más te vale seguir así porque si haces sufrir a mi amiga, te cortaré las pelotas. —Marcos se rio—. Voy a mandarte el historial de Andrea. En cuanto sepas algo, por favor, avísanos.

—Por supuesto, mañana mismo me pongo y te digo.

—Gracias, Marcos. No sé cómo voy a poder pagarte esto.

—Lo haces todos los días cuidando mi hospital, así que estamos en paz. Mañana te llamo.

—Hasta mañana.



Capítulo 7

Marcos cruzaba las puertas de su hospital nervioso por primera vez desde que se había mudado a Valencia, la ciudad natal de su esposa, en la que habían decidido empezar de cero, pues le era imposible empezar de nuevo en Madrid, demasiados recuerdos tristes y traumáticos para ella.

A Laura no le importaba volver de vez en cuando para ver a Sebas y a Verónica, ver como las cosas funcionaban en el hospital, y de paso, tener unos días para ellos solos disfrutando del estupendo apartamento que Marcos seguía conservando en esa ciudad.

—¡Joder! —exclamó Marcos al cruzar las puertas de su hospital.

—No blasfemes —le pidió Laura, haciendo reír a su marido como siempre.

Después de cinco años juntos, a Marcos se le seguían escapando los tacos delante de su mujer y ella seguía reprendiéndolo cada vez que lo escuchaba, como le hicieron a ella las monjas.

—Es la primera vez después de cinco años que entro en mi hospital y me pongo nervioso.

—Es comprensible, mi amor. Esta vez no vienes como jefe a ver cómo van las cosas, sino a ofrecer una vez más un poquito de ti para salvar una vida. Yo también estaría nerviosa.

Acababan de entrar en el ascensor y estaban solos.

—Espero que como la otra vez salga todo perfecto, no podría soportar fallarles a Vero y a Sebas.

Laura lo abrazó por la cintura, pues por el tono de voz podía sentir su nerviosismo, y le habló con mucha ternura para tranquilizarlo.

—Escúchame, todo va a salir bien. Y si por desgracia no fuera así, no le habrás fallado a nadie, ¿vale? Estás aquí, vas a intentarlo y eso es lo importante. Nadie podría pedirte más.

—Lo sé, y aunque los resultados son bastante favorables y la niña no está tan mal como estaba Hugo, no somos compatibles al cien por cien. Eso es lo que me preocupa.

—Hugo era tu hijo y Andrea no, por esa misma razón es imposible que seáis compatibles al cien por cien. Eso sí, lo bueno en este caso es que Andrea no está tan mal y tendrá más fuerza para resistir el trasplante. Además, los héroes siempre ganan y esta vez volverás a lograrlo. Andrea no podría estar en mejores manos.

—Después de cinco años, ¿aún sigues viéndome como un héroe? —Besó sus labios con ternura.

—Por más años que pasen, tú siempre serás mi héroe. Eso nunca va a cambiar.

—Te quiero, bombón.

—Y yo a ti, mi amor.

Se fundieron en un beso ardiente y profundo. Las puertas del ascensor se abrieron y dos enfermeras se quedaron mirándolos sin saber si subir o no.

—Vaya, nos han vuelto a pillar —bromeó Marcos haciendo reír a Laura—. ¿Subís o esperáis al próximo? —les preguntó Marcos con una sonrisa.

—Esperaremos al próximo, señor —dijo una de ellas.

—Nos alegra tenerlos de nuevo por aquí —expresó la otra antes de que se cerraran las puertas.

—¿Crees que tendré que despedirlas por lo que han visto? —se rio Marcos recordando el principio de su relación.

—Creo, señor director, que su actual mujer no se pondrá celosa por esto.

—¡¡Uuummm!! Esa es una de las cosas que más me gustan de mi actual esposa.

Volvieron a besarse y las puertas se abrieron otra vez, pero en esta ocasión una voz les hizo reír con los labios pegados uno al otro.

—¿Después de cinco años de casados aún sigues acorralando a tu mujer en los ascensores?

—¿No me digas que a ti se te han quitado las ganas de besar a Verónica? —contestó Marcos con otra pregunta abrazando a su amigo.

—*Touché*. —Sonrió a Laura diciéndole—: Gracias por venir, Verónica te necesita.

—No tienes que darme las gracias. Me moría por veros, conocer a esa niña tan especial y acompañaros en este momento. Nadie mejor que yo sabe por lo que estáis pasando, así que aquí estoy para todo lo que necesitéis.

—Marcos, no sé cómo voy a poder pagarte esto que vas a hacer.

—Somos amigos, ¿no? —Sebas asintió con la cabeza—. Y los amigos siempre están ahí cuando los necesitas, ¿verdad?

—Por supuesto. —Volvieron a abrazarse—. Vamos, Vero está impaciente por veros.

Cuando entraron en la habitación, Verónica estaba contándole un cuento a Andrea, pero la voz se le cortó al verlos. Inmediatamente se levantó y echó a correr abrazándose a Marcos.

—Gracias, gracias, gracias por venir y por lo que vas a hacer. —La emoción de verlos le hacía llorar saltando de los brazos de Marcos a los de Laura diciéndole a ella—: Gracias a ti también por estar aquí.

—Cómo no iba a venir si me moría de ganas de conocer a esta señorita. —Laura se acercó a la cama de Andrea—. ¡Hola, cariño! Soy Laura. —La besó en la mejilla.

—¿Tú eres la amiga de mi mamá? —dijo dejando a Verónica sorprendida.

—Sí —respondió Laura, mirando la cara de sorpresa de su amiga.

—¿Y tú el amigo de papá, el doctor que me va a curar? —volvió a decir

sorprendiendo a Sebas esta vez, ya que era la primera vez que los llamaba así.

—Culpable —bromeó Marcos haciéndola reír mientras besaba sus mejillas.

—Acaba de decir lo que he escuchado, ¿verdad? —le preguntó Verónica a Sebas bajito.

—Sí, acaba de nombrarnos oficialmente sus padres. ¿Asustada? —sonrió Sebas.

—Más bien emocionada. Es la primera vez que lo escucho y nunca creí que me haría tan feliz oírlo.

—Sí, es una sensación muy agradable, ¡acabamos de ser papás! —exclamó Sebas.

—Qué tonto eres —se rio Verónica.

Se pasaron un buen rato hablando y poniéndose al día de todo. Cuando se despidieron, Marcos se acercó a la cama de Andrea.

—A partir de mañana, señorita, voy a ser tu médico y tienes que prometerme que vas a estar muy tranquila y que vas a confiar en mí.

—Si tú me prometes una cosa.

—Anda, ¿y qué quieres que te prometa? —preguntó sorprendido por el desparpajo de la niña.

—Que vas a curarme, no quiero que mis nuevos papás se pongan tristes —soltó dejando a todos alucinados.

—No tengo más remedio, no sabes lo pesado que se pone tu papá cuando no consigue lo que quiere. —Con esa broma, consiguió que todos se rieran—. Ahora tenemos que marcharnos, mañana nos vemos. —Besó a la niña en las mejillas y se levantó de la cama para despedirse de su amigo.

Laura se despidió de la niña y de Sebas, ya que Verónica los acompañaba hasta el ascensor. Cuando Verónica regresó, Sebas hablaba con Andrea.

—Tu mamá ha llamado a Marcos porque él es el mejor, y gracias a él te vas a poner bien.

—Entonces mi papá, bueno, mi otro papá, ¿mentía a mi otra mamá? Porque él decía que yo me iba a morir.

—No, mi pequeña Koala —Andrea sonrió y le besó la mejilla—, tus otros papás no tenían la suerte de conocer a Marcos.

—Y cuando me cure, ¿viviré contigo y con mamá?

—Pues claro, tesoro —dijo Verónica sentándose en la cama—. Tu padre y yo estamos deseando que te pongas bien para llevarte a casa.

—Mamá, ¿estarás conmigo mientras Marcos me cura? —le preguntó

abandonando los brazos de Sebas para cobijarse en los de ella.

Verónica podía sentir su temor en cada palabra y la emoción la embargó al darse cuenta de cómo la niña empezaba a necesitarla tanto como a Sebas.

—Sí, siempre que me necesites, me tendrás a tu lado.

—Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, mi tesoro.



©joojoo.etsy.com

Capítulo 8

Marcos estaba en la puerta del ascensor recogiendo la cena que había pedido por teléfono al restaurante japonés. Cuando despidió al repartidor, un gran estallido en el techo llamó su atención. Al levantar la vista hacia el techo, sonrió. Laura estaba desnuda buceando en la piscina que tenía sobre su cabeza y lo saludaba con la mano para llamar su atención. Dejó las cosas sobre la mesa y, mientras subía con rapidez, se iba quitando la ropa.

Laura estaba disfrutando del baño cuando de pronto la luz se apagó y toda la piscina quedó iluminada por la luz de la luna. Inmediatamente, sonó un zambullido y sintió un cuerpo acercándose a ella con unas grandes brazadas. Cuando la agarró por la cintura y se pegó a ella, pudo sentir su desnudez y

como todo su cuerpo se tensaba y endurecía con su contacto, en especial esa parte de su anatomía que se colaba entre sus piernas.

—Vaya, parece que te alegras de verme —comentó con picardía.

—Cómo no me voy a alegrar de verte como Dios te trajo al mundo encima de mi cabeza. Casi me caigo por las escaleras quitándome los pantalones —le confesó haciéndola reír.

—Precisamente eso era lo que pretendía.

—¿Que me cayera por las escaleras?

—No. —Rio al escucharlo—. Que te desnudaras. —Al decir eso, apresó su erección entre sus manos y la acarició con brío.

—¡Joder, bombón! No me hagas esto.

—No blasfemes —le susurró mientras mordisqueaba su oreja, haciéndole reír.

—Cómo no quieres que blasfeme, si me pones tan cachondo que no voy a aguantar ni diez minutos.

—Entonces tendremos que repetir. —Le sonrió con una mirada sensual volviéndolo loco.

Marcos la aplastó contra la pared y la penetró con fuerza, excitándose más todavía al escuchar su gemido retumbando en esa especie de invernadero que cubría la piscina en la azotea de su apartamento. Profunda y lentamente, la embestía una y otra vez, mientras su boca la enloquecía robándole cada gemido, cada suspiro. Laura lo aferraba con sus piernas y lo incitaba a profundizar sus movimientos. Mientras se arqueaba y se movía, lo arañaba y se entregaba a ese placer, enloqueciéndolo. La excitación los embriagaba y las sacudidas eran tan violentas que ninguno de los dos pudo evitar perderse en esa locura. Como si de repente el agua hubiera bajado de grados, los dos se estremecieron dejándose llevar por esa excitación y un placentero orgasmo los hizo estallar y gritar al unísono de placer.

—¡Uuummm! Me encanta cuando estamos solos, cuando no necesitamos ahogar el silencio y gritas como una posea en el mismo instante en el que te deshaces de placer entre mis brazos.

—Y a mí me encanta deshacerme de placer entre tus brazos, pero lo de gritar lo reservo para momentos como este. —Sonrió.

—Creo que vas a tener que llamar a tu jefe, porque voy a secuestrarte un par de días más cuando todo esto acabe.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué? —preguntó con picardía.

—Porque cuando me recupere de esa donación, voy a hacerte gritar y

gritar y gritar tanto, que vas a necesitar unas pequeñas vacaciones para reponerte.

—Parece una buena excusa para cogerme vacaciones —dijo haciéndole reír—, y no creo que tenga problemas con mi jefe. ¿Sabes por qué?

—Por qué.

—Porque, según él, no puede negarme nada.

—No me extraña. ¿Quién podría negarte algo, bombón? Porque a mí me tienes a tu merced.

Con esas últimas palabras, se apoderó de su boca y la poseyó de nuevo con una pasión arrebatadora, deleitándose con ese sonido que inundaba todos sus sentidos y lo enloquecía por completo.

Después de cenar, estaban acomodados en el sofá abrazados, relajados, observando las llamas de esa falsa chimenea, pero tan reales a la vez que los hipnotizaba. Laura rompió el silencio preguntándole preocupada:

—Júrame que todo va a salir bien.

—¿Qué te preocupa?

—Que te pase algo, no podría soportarlo.

—Pues entonces te juro que todo va a salir bien.

—¡Maaarcoos!

—Nada va a pasarme, bombón, es una intervención muy sencilla. Además, ya lo hice una vez por Hugo. Y después de esta, ya no podré volver a hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque solo se puede ser donante de médula dos veces.

—Vaya, no lo sabía. ¿Cómo has visto a Andrea?

—Mucho mejor de lo que estaba Hugo. Así que, si no rechaza mi médula y con el nuevo tratamiento que le voy a poner, su recuperación será rápida y favorable.

—¡Aaayyy! Si es que no podría estar más orgullosa de ti. Te quiero, ¿lo sabías?

—Sí, pero aun así no dejes de decírmelo nunca. Me encanta cómo lo dices.

—Qué tonto eres —dijo riéndose y besándolo al mismo tiempo—. Anda, será mejor que nos vayamos a dormir. Mañana hay que madrugar y tú tienes que donar algo importante, ¿no? —bromeo, haciéndole reír.

—Sí, será mejor que nos vayamos a dormir.



Capítulo 9

Laura no dejaba de observarlo y de acariciar su pelo esperando impaciente que se le pasara el efecto de la anestesia. El médico que lo había intervenido le había asegurado que todo había salido perfectamente, pero aun así ella necesitaba verlo despierto, que la mirara con esos ojos tan fascinantes y extraños a la vez. Solo así podría respirar tranquila.

Cuando Marcos despertó, Laura seguía a su lado sentada en la cama, sonriéndole.

—Por fin. Creí que no despertarías nunca. ¿Tan cansado estabas?

—Sí, ayer mi mujer me tuvo toda la noche dale que te pego —habló con voz de trapo por la anestesia.

—Serás sinvergüenza —rio Laura a carcajadas—. Creo que, como castigo, llamaré a la enfermera más desagradable de todo el hospital cuando necesites el orinal.

Marcos sonrió recordando la primera vez que Laura tocó su pene estando en las mismas condiciones en las que se encontraba ahora.

—No me negarás que fue un momento muy especial.

—Sí, clarooo, casi me muelo de la vergüenza cuando tu miembro empezó

a crecer entre mis dedos. —Los dos rompieron a reír a carcajadas.

—En ese mismo instante supe que debías ser mía, costase lo que costase.
¿Y sabes por qué lo supe?

—¿Por qué?

—Porque nunca ninguna mujer me había puesto tan duro con una caricia tan inocente. Solo de recordarlo, ya me pongo cachondo.

—Pues ya puedes pensar en otra cosa, que no puedes hacer ningún esfuerzo. A no ser que quieras la opción de la otra enfermera.

—¡Uf! Se me acaba de aflojar. —Laura se rio—. Solo tú puedes ser mi enfermera, bombón, y lo sabes.

—Aaah, no, estoy de vacaciones.

—Voy a tener que hablar seriamente con tu jefe, es demasiado blando y te consiente mucho.

—No me consiente, son los privilegios de ser su mujer. —Sonrió besándolo en los labios.

La puerta se abrió y Verónica entró, obligándolos a separarse.

—Me alegra verte despierto ya, pero no sé si he interrumpido algo. Si queréis, vengo más tarde.

—No seas tonta y pasa —le pidió Laura levantándose de la cama.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Verónica a Marcos.

—Sí, estoy bien, tranquila. ¿Han empezado ya con el suero?

—Sí, están en ello.

—¿Y el nuevo tratamiento se lo habéis suministrado ya?

—Sí, tal y como tú lo ordenaste.

—Pues ahora solo nos queda esperar y cruzar los dedos para que todo salga bien.

Verónica se sentó a su lado, lo abrazó y lloró emocionada, nerviosa, esperanzada y muerta de miedo por si algo fallaba.

—Dios te oiga.

—Todo va a salir bien, respira. Ya verás cómo en dos semanas estarás llevándola al cole como si nada hubiera pasado.

—Sí y, con el tiempo, todo será como un mal recuerdo —le aseguró Laura.

Verónica se levantó y abrazó a su amiga.

—Si Sebas y yo lo estamos pasando tan mal, no quiero ni imaginar cómo debiste pasarlo tú. Tantos meses con esa angustia, pensando que Hugo podía morir en cualquier momento.

—Sí, fue muy duro, pero como recompensa encontré a mi héroe —dijo mirando a Marcos con mucha ternura—. Y después de salvar a mi hijo, me salvó a mí.

—Tú también fuiste mi heroína, ya que me salvaste de una vida triste y aburrida —aclaró Marcos.

—Voy a reemplazar a Sebas, que quiere venir a verte, y a esta pequeña granujilla no la podemos dejar sola, nos tiene pillada la medida.

—Se le pasará cuando esté totalmente recuperada. Ahora tiene miedo y le aterra estar sola, a Hugo le pasaba lo mismo.

—Eso espero, o si no Sebas tendrá que cogerse una excedencia. Eso, o irse a trabajar con ella pegada a sus costillas. No hay quien la aleje de él —dijo haciéndoles reír—. Os dejo, más tarde pasaré a veros.

Diez minutos más tarde, aparecía Sebas con una sonrisa increíble.

—¿Cómo estás, chaval? —preguntó acercándose a la cama de Marcos para estrecharle la mano.

—No me puedo quejar, en este hospital me cuidan bastante bien. —Sonrió.

—Más les vale si no quieren tener problemas conmigo —bromeó—. Bromas aparte, ¿estás bien? —preguntó preocupado esta vez.

—Sí, tranquilo. Mañana estaré como nuevo.

—¿Por qué le has cambiado el tratamiento a Andrea?

—Porque este es el más indicado para ella y el que mejor le irá cuando empiece a recibir el suero.

—¿Tengo que denunciar al otro hospital? ¿No hicieron un buen trabajo?

—¡Joder, macho!

—No blasfemes —lo reprendió su mujer haciéndole reír.

—Vas a ser un papá demasiado exigente y protector —continuó diciendo Marcos.

—Solo necesito saber si la cagaron y por eso Andrea esta así.

—Relájate, ya sabes lo perfeccionista que soy con mi trabajo, y si ahora Andrea es mi paciente, debe seguir mis pautas. Los médicos que la atendieron lo hicieron bien, ella está así porque esta dichosa anemia es cruel y devastadora. Ahora solo tenemos que ser pacientes y rezar para que no rechace la cura.

—Si algo le pasara, yo... no podría soportarlo —dijo controlando las lágrimas que parecían inundarlo por dentro.

—Nada le va a pasar —lo consoló Laura abrazándolo con cariño—. La

médula de Marcos funcionará una vez más y, al igual que Hugo, Andrea volverá a ser una niña normal.

—Ojalá, es lo que más deseo en el mundo.

Capítulo 10

Una semana más tarde, Laura y Marcos seguían en Madrid asegurándose de que el tratamiento funcionara perfectamente. Y así parecía ser, pues los análisis de Andrea salían cada vez mejor. Sus glóbulos y sus plaquetas parecían ser cada vez más altos y poco a poco recuperaba las fuerzas y las ganas de vivir.

Sebas se había cogido unas pequeñas vacaciones para no separarse de ella mientras durase el tratamiento, pues seguía pegada a él como un pequeño koala, y como Verónica parecía vivir en ese hospital, la habitación se había vuelto su hogar. Cada vez que Marcos les informaba de los progresos de Andrea, que eran muy satisfactorios, recuperaban un poco más la alegría.

—Bueno, señorita —Marcos entró en la habitación con su historial en las manos, su bata blanca y el estetoscopio colgado al cuello—, me parece que dentro de nada Laura y yo podremos volver a Valencia.

Todos incluso Laura, que estaba de visita, sonrieron y aplaudieron entusiasmados al escucharlo.

—Esa es una gran noticia, aunque me va a dar mucha pena irme —dijo Laura con tristeza.

—No te preocupes, preciosa, que en cuanto Andrea pueda viajar nos tendrás en tu casa para que mi pequeña Koala conozca a Hugo y a Luna, ¿verdad? —le preguntó a Andrea poniéndole la mano delante para que la chocara.

—Sííí —contesto entusiasmada chocando su mano.

—Entonces, ¿ya podemos respirar tranquilos? —preguntó Verónica a Marcos, queriéndose asegurar de los resultados que traía Marcos entre sus manos.

—Pues claro, no hay ningún síntoma que nos haga pensar que el trasplante no funcione correctamente. Su sangre me lo dice, no necesito más pruebas.

—¡Ooohhh, Dios mío! Gracias, gracias, gracias. —Verónica se colgó de su cuello y lo besó con mucho cariño.

—Si seguís dándome las gracias, me voy a mosquear —les advirtió Marcos—. Ahora, tengo una sorpresa —les anunció.

—¿Qué sorpresa? —preguntó Andrea ilusionada.

—En unos minutos lo sabréis —dijo contestando a un mensaje de WhatsApp mientras sonreía a Laura.

Unos minutos después, tal y como él había anunciado, la puerta de la habitación se abrió y aparecieron Hugo y Luna acompañados de su abuela gritando:

—¡¡Sorpresa!!

—Gracias por venir —le dijo Marcos a su madre después de los besos y las presentaciones.

—No debes darlas, me moría de ganas de conocer a esta preciosidad —confesó mirando a Andrea—. Enhorabuena, chicos —les habló esta vez a Sebas y a Verónica.

—Gracias, Carmen —contestaron los dos a la vez.

Laura se comía a besos a sus hijos, pues nunca había estado una semana separada de ellos.

—Yaaa, mamá, qué pesada con tantos besos —protestó Hugo.

—Ay, hijo, es que me alegro mucho de veros, esta semana se ha hecho muy larga sin vosotros.

—Yo os he echado mucho de menos —confesó Luna a sus padres.

—Pues anda que nosotros a ti, enana —le decía su padre comiéndosela a besos.

—¿Mi papá te ha salvado? —pregunto Luna alejándose de su padre para sentarse en la cama de Andrea.

—Sí.

—También me salvó a mí —le informó Hugo muy orgulloso de su padre, sentándose al otro lado.

—Sí, mi mama dice que es un héroe —aclaró Luna también muy orgullosa.

—Mi papá es un superhéroe —dijo Andrea mirando a Sebas.

—Los superhéroes no existen —rio Luna.

—Sí, porque él me rescató volando como Superman —aseguró Andrea, y después les contó cómo Sebas la había sacado del infierno en el que casi pierde la vida, dejándolos pasmados.

—¿Eso es cierto, tío Sebas? —preguntó Luna alucinada cuando Andrea terminó la historia.

—Pues claro, tu padre salva vidas en el quirófano y yo volando por los cielos con mi helicóptero —afirmó muerto de risa viendo sus caras.

—Qué guay. Cuando sea mayor, quiero un helicóptero, papá, para convertirme en un superhéroe como Superman —dijo Hugo.

—Pues claro, y te compraré una capa roja —se rio Marcos.

—¿Superman? Ese es una nenaza —bromeó Sebas haciéndoles reír.

—Anda, dejaos de tonterías y vayamos a casa a dejar las maletas, la abuela tiene que descansar. A la tarde volveremos —dijo Laura.

Carmen y los niños habían ido para pasar el fin de semana, conocer a Andrea y después regresar todos juntos a Valencia, pues Marcos ya no era necesario allí ya que Andrea estaba reaccionando muy bien al tratamiento. En Valencia lo necesitaban sus pacientes y ya no podía seguir retrasando más su regreso.

Pasaron un fin de semana increíble, pues los niños congeniaron a la perfección y, antes de que se marcharan, Vero y Sebas les juraron que en cuanto Andrea estuviera en condiciones de viajar les harían una visita.



Capítulo 11

Dos semanas más tarde Andrea ya estaba en su nueva casa, con sus nuevos padres, porque la jueza que llevaba el caso de adopción había dictaminado que, después de cómo Sebas la salvó de una muerte inminente y de cómo Verónica había luchado noche y día para que Andrea estuviera curada, la niña no podía tener mejores padres que ellos.

Estaba entusiasmada por la noticia, y por esa habitación de princesas que Sebas y Verónica le habían montado mientras estaba en el hospital. Reinaba la paz y la alegría en la casa, una casa que cambiaría de la noche a la mañana al

tener un nuevo miembro que les obligaría a convivir mucho más tiempo en su hogar y a tomarse las cosas con calma y en familia.

Sebas y Verónica estaban tumbados junto a Andrea contemplando la habitación, ya que la niña no dejaba de decirles lo mucho que le gustaba y de besarlos entusiasmada por todo lo que estaba viviendo.

—Me encanta mi habitación, estar aquí con vosotros, que por fin seáis mis papás y que por fin se hayan terminado los goteros.

—Bueno, los goteros, sí, pero los pinchazos aún no. Todavía tendremos que hacerte algunos análisis de sangre para asegurarnos de que todo esté perfectamente —le aclaró Verónica.

—¿Estarás conmigo cuando me pinchen?

—Siempre, mi tesoro.

—¿Y tú? —le preguntó a Sebas.

—Aaayyy, mi pequeña Koala, me encantaría, pero creo que va siendo hora de que regrese al trabajo. Los superhéroes no podemos estar siempre de vacaciones, qué sería del mundo sin nosotros —bromeó haciéndolas reír—. Además, tú ya estás perfectamente, el lunes empiezas el cole y ya no me necesitas las veinticuatro horas a tu lado.

—Yo siempre te voy a necesitar, papá. Aunque no estés a mi lado, siempre voy a necesitarte. Pero dejaré que salves a los demás si me prometes que siempre, siempre, serás mi superhéroe. Pase lo que pase.

—Tu padre no necesita prometerte eso, porque pase lo que pase él siempre será *nuestro* superhéroe.

—¿A ti también te salvó? —le preguntó sorprendida al escucharla.

—Sí. ¿Quieres saber cómo nos conocimos?

—Sííí.

—Pues verás, todo empezó una noche...



©joojoo.etsy.com

Capítulo 12

Doce años antes

Verónica era residente en un hospital público. Hacía unos meses que se había licenciado como ginecóloga y esa noche estaba de guardia. Por lo que le habían contado, esa mañana había ocurrido una gran desgracia: uno de sus jefes había cometido una negligencia y una mujer embarazada de cinco meses había fallecido. El marido había enloquecido por el dolor y lo tuvo que sacar de allí la policía. Mientras se lo llevaban, no dejaba de amenazar con volar el edificio y a todos los médicos de ese maldito hospital.

Sobre las tres de la madrugada, Verónica se había tomado un descanso.

Estaba fumándose un cigarro en la puerta del hospital cuando un hombre se acercó a ella por detrás, la sujetó con fuerza y la encañonó con un arma en la sien mientras le susurraba al oído.

—Si te portas bien y haces exactamente lo que te pida, no sufrirás ningún daño.

—¿Qué quiere? No tengo dinero, trabajo en este hospital y todas mis pertenencias están dentro. Solo llevo encima un paquete de tabaco.

—Solo quiero que te calles y que me ayudes a entrar al hospital.

—Pero...

—¡¡Camina!!

—Está bien, pero no necesita eso, lo ayudaré igualmente. Podría disparársele y...

—¡¡Que te calles!! —le ordenó con frialdad.

Verónica se acercó a la puerta y cuando el guardia de seguridad la vio acompañada, abrió y le advirtió:

—Verónica, por la noche ninguna visita puede entrar por esta puerta. Si quiere hacerlo, tendrá que probar por urgencias. Y no creo que le dejen pasar, es muy tarde. —Dirigiéndose al hombre, añadió—: Señor, tendrá usted que esperar a mañana.

Cuando el hombre salió por detrás de Verónica, este se dio cuenta de que la estaba amenazando con una pistola, e inmediatamente cogió el comunicador, pero ni tiempo le dio a hablar por él.

—Si intentas comunicarte con eso, le volaré la puta cabeza —amenazó con el arma sobre la cabeza de Verónica.

—¡Ooohhh, Dios mío! —exclamó Verónica con un hilo de voz.

—¡Está bien! —gritó el guardia de seguridad—. No llamaré a nadie, pero suéltela.

—Aquí el que da las órdenes soy yo, y ahora mismo me vas a dar ese comunicador, vas a dejarnos pasar y te vas a deshacer de la porra y las esposas.

Obligó a Verónica a esposar al guardia de seguridad al radiador y después subió con ella hasta la planta de maternidad. Una vez llegaron, se armó un revuelo increíble, pues al llegar encañonó a varias enfermeras ordenándoles que vaciaran la habitación en la que había estado su mujer antes de morir. Después de eso, se encerró en ella con Verónica y tres enfermeras para poder negociar sus condiciones.

Pidió que le subieran el cadáver de su mujer y que acudiera el médico

que la había atendido o si no iría matándolas una por una. Lo primero fue fácil, el cadáver aún estaba en las neveras del depósito, y gracias a eso la policía consiguió que a cambio soltara a una de las enfermeras. Que el médico apareciera fue más difícil, pues no lo localizaban. Cuando el hombre empezó a perder la paciencia porque el médico no aparecía, disparó a una de las enfermeras para que todos supieran que la cosa iba en serio. No fue una herida mortal, pero sí les dejó bien claro que la próxima no tendría la misma suerte. Dejó que un celador se llevara a la enfermera herida y volvió a exigir la presencia del médico que había atendido a su mujer.

Unos minutos más tarde, la puerta se abrió y un doctor entró con los brazos en alto, ataviado con su bata blanca impoluta. Era la primera vez que Verónica veía a ese médico, y la verdad era que tenía pinta de todo menos de doctor. La bata le venía muy ajustada, pues él era demasiado corpulento para ejercer la medicina. Más bien parecía un boxeador de pesos pesados, ya que era muy alto y su anatomía, muy grande. Lo único que le daba un aire de haber estudiado algo que no fuera lucha libre eran las gafas de pasta que descansaban en su tabique nasal.

El furgón de los geos apareció en la puerta de atrás del hospital una media hora después de que la policía los avisara. El caso implicaba a mucha gente inocente, mujeres embarazadas y bebés recién nacidos, ya que el secuestrador se había atrincherado en la planta de maternidad. Por esa misma razón necesitaban a una brigada especial, una que estuviera acostumbrada a resolver casos de rehenes y que fueran los mejores en su trabajo.

En cuanto la policía puso al jefe de la brigada al día, este se dirigió al médico que atendió a la mujer del secuestrador, que había acudido para dar la cara por su error.

—¿Ese hombre lo conoce en persona?

—No, mi ayudante fue el que le informó, yo no estaba en condiciones de hablar con él después de lo sucedido.

—¿No estaba en condiciones o no se atrevió a dar la cara después de la cagada? —lo amonestó con desprecio el geo—. Necesito una bata de médico —le pidió a la jefa de enfermeras—, y su identificación. —Esta vez la petición se la hizo al doctor.

Una vez tuvo lo que pedía, se despojó del uniforme, se colocó el chaleco

antibalas y se sacó el pantalón de las botas militares, tapándolas con él. Por último, se puso la bata y, para rematar su disfraz improvisado, añadió la identificación del médico.

—¿Qué pretende hacer? —le preguntó el jefe de policía.

—Mi trabajo: rescatar a las damiselas en peligro y atrapar al malo — dijo quitándole las gafas al médico—. Esto me dará más credibilidad, ¿verdad? —Se despidió con un guiño de ojos y se acercó a sus hombres para darles instrucciones.

—Jefe, ¿desde cuándo llevas gafas? —le preguntó uno de ellos.

—Desde que tengo que parecer un médico y no un geo.

—¿Vas a volver a meterte en la boca del lobo? —quiso saber otro.

—¿Tan evidente resulta mi atuendo? —bromeó haciendo reír a sus hombres.

—No, más bien lo que son evidentes son tus locuras —le advirtió uno de sus compañeros, preocupado—. Déjanos entrar a saco, ni siquiera se lo esperará y lo pillaremos de improviso.

—No, hay dos mujeres ahí dentro y necesito tantear la situación. Si algo sale mal, entonces tenéis mi permiso para entrar. Pero antes de que entre, vosotros dos tenéis diez minutos para posicionaros en la torre de enfrente y tenerlo en el punto de mira por si la cosa se tuerce y tenéis que disparar a mi señal.

—Sí, señor —dijeron a la vez los dos geos a los que había señalado, y abandonaron la sala para cumplir la orden de su superior.

—Y ahora comprobemos que el equipo funciona perfectamente. —Se colocó el diminuto pinganillo dentro de la oreja para que no se viera y preguntó—: ¿Me recibís, chicos?

—¡¡Sí, señor!! —contestaron todos al unísono.

—Entonces, manos a la obra.



Capítulo 13

—Hola, soy el doctor Suarez. —El geo, muy serio, tanteó el terreno nada más entrar con la intención de buscar con rapidez una solución para poner a salvo a los rehenes mientras se quitaba las gafas, ya que empezaban a marearle.

—¿Es el doctor Suarez? —le preguntó a Verónica fuera de sí el secuestrador en cuanto lo vio aparecer por la puerta.

Verónica, desconcertada, miró a ese hombre que acababa de entrar y un ligero guiño por parte de él se lo dijo todo. Inmediatamente supo que ese hombre estaba allí para ayudarlas.

—Yo... —intentó hablar el geo.

—Cállese o la mato. —Amenazó con el arma de nuevo a Verónica en la cabeza—. Quiero que conteste la señorita. ¿Es o no es el doctor Suarez? —volvió a preguntar a Verónica—. Quiero que le quede claro que, si me miente, lo sabré.

—¡Sí, sí, es el doctor Suarez! —gritó Verónica aterrada rezando para que la creyera. Y para parecer más creíble todavía, añadió—: Lo siento, doctor.

—No pasa nada, tranquila —la calmó el geo.

—Acérquese —le ordenó el secuestrador.

—Lo haré cuando usted deje salir a mis enfermeras.

—Aquí el que da las órdenes soy yo. Y ahora quiero que te arrodilles delante de mi mujer y de mi hijo y les pidas perdón antes de morir.

—Usted es consciente de que los médicos no somos Dios, ¿verdad? No podemos salvar a todos los pacientes y, por desgracia, algunos a veces mueren.

—Eso lo tengo muy claro, pero mi mujer entró por un simple ataque de ciática y no volvió a salir. No sé qué coño le hiciste, pero murió. Así que ahora tú vas a morir.

—Está bien, lo comprendo, pero ellas no hicieron nada. Déjelas salir y después puede matarme si quiere —dijo acercándose lentamente hacia él.

—Tú no eres el doctor Suarez, ¿verdad? Un hombre que no es capaz de dar la cara cuando le pedí explicaciones por la muerte de mi mujer no se preocuparía por dos simples enfermeras. Eres un puto mentiroso y tú también, zorra. Por esa misma razón, vais a morir los dos.

No necesitó más que mirar sus ojos para saber que no se trataba de una simple amenaza.

—¡¡Disparad!! —ordenó a sus hombres al darse cuenta de que el grado de locura de ese hombre no tenía razón de ser e inmediatamente supo que los mataría.

Pero era demasiado tarde y todo sucedió demasiado rápido. El secuestrador levantó el arma y disparó al geo. La bala impactó en su chaleco a la altura del pecho, dejándole sin respiración, y le hizo caer por el impulso. Al mismo tiempo, dos balas se colaban por la pared de cristal haciéndola añicos. Una de ellas fue a parar al hombro del secuestrador y la otra, a la pierna. Cuando este cayó hacia atrás, arrastró a Verónica con él y los dos cayeron por el ventanal, que no aguantó el impacto al destrozarse por los disparos. Verónica logró agarrarse al marco de la ventana con las manos, pero el secuestrador quedó agarrado a sus piernas con un brazo, ya que el otro lo tenía atrofiado por el disparo.

Verónica no podía dejar de gritar pidiendo ayuda, pues sabía que no podría aguantar mucho más con ese cuerpo tirando de ella hacia el vacío. Cuando las fuerzas la abandonaron y creyó que caería sin remedio, una voz llamó su atención y unos brazos fuertes y poderosos la agarraron de los antebrazos.

—¡Hey, preciosa! No puedes dejarme ahora, acabamos de conocernos.

—No puedo aguantar más —dijo con un hilo de voz, las manos destrozadas y las lágrimas surcando sus mejillas—, tengo que soltarme.

—Vas a soltarte y vas a agarrarme de los antebrazos, ¿vale? Tal y como yo te tengo agarrada a ti.

Verónica miró hacia abajo sabiendo que ese hombre, por muy fuerte que pareciera, no podría con el peso de los dos, ya que el secuestrador seguía agarrado a sus piernas.

—No vas a poder...

—No mires abajo, mírame a mí.

Verónica posó su mirada en sus ojos, unos ojos azul oscuro llenos de confianza y seguridad, y supo que ese hombre era su única salvación. Así que, con una fuerza que ni siquiera sabía de dónde salía, se soltó de una mano y se aferró a su brazo. Después, hizo lo mismo con la otra. Cuando lo consiguió, vio como a él le costaba sostener el peso de los dos y le pidió con una mirada suplicante.

—No me sueltes, por favor.

—Eso nunca, preciosa. ¡¿A qué coño estáis esperando?! —les gritó a los dos compañeros que estaban en la azotea de enfrente por el pinganillo—. ¡¿Necesitáis una invitación para matar a ese gilipollas?!

—Señor, no deja de moverse y no queremos darle a ella.

—Si no disparáis ahora mismo, voy a patearos el culo. Y cuidado con la señorita, la necesito entera para pedirle una cita.

—Será cabronazo, es capaz de ligar incluso en una situación como esta.

Se escuchó un disparo e inmediatamente el peso de sus piernas la abandonó dándole un respiro a ambos.

—¿Qué me dices, preciosa? ¿Tenemos una cita pendiente? —le preguntó antes de subirla.

—Si no me subes ahora mismo, creo que te cortaré las pelotas.

—¡Guau! Jefe, esa chica parece hecha a su medida. Menudo carácter — se rio uno de sus hombres. El resto se unieron a sus carcajadas, pues la amenaza se había escuchado por el pinganillo.

—¿Eso es un sí? —le preguntó mientras tiraba de ella subiéndola hasta que tocó tierra firme.

Verónica se agarró a su cuello aterrada por todo lo que acababa de vivir y él la abrazó con fuerza. Estaban sentados en el suelo y ninguno podía moverse, solo se apretujaban el uno al otro. Agotado, se recostó contra la pared y la apretó contra su pecho. Y ahí se quedaron unos minutos recuperando

el aliento.

Verónica se sentía protegida entre esos brazos fuertes y musculosos y deseaba que ese momento no terminara nunca. De pronto, recordó su pregunta.

—Sí —contestó mirándolo a los ojos con un hilo de voz, pues aún no se había recuperado del susto.

—Soy Sebas —se presentó dándole dos besos.

—Yo soy Verónica. Vero, para los amigos.

—Me gusta Vero. —Sonrió cautivándola.

«Dios mío, qué guapo es el condenado», pensó Verónica perdida en su sonrisa.

La policía y los compañeros de Sebas entraron de sopetón, obligándolos a separarse y a distanciarse. En cuestión de segundos, la habitación parecía un enjambre lleno de médicos, enfermeras, y todos preocupados por ella y por todo lo que había pasado.

Mientras una de sus compañeras le curaba las heridas de las manos y los policías les tomaban declaración, ninguno de los dos dejaba de buscarse con la mirada y, cuando se encontraban, una pequeña sonrisa brotaba de sus labios.



Capítulo 14

La noche fue eterna, agotadora y muy traumática. La policía se la había llevado a comisaría para tomarle declaración. Por fin el interrogatorio había terminado y ella salía de comisaria decaída. No podía dejar de pensar en ese impresionante geo. Después de todo lo que habían pasado, la había despedido con una sonrisa y ni siquiera le había pedido su teléfono. No, él simplemente se había marchado con sus compañeros dedicándole una sonrisa como despedida.

—¿Quiere que un coche patrulla la acerque a casa? —le preguntaba un

policía acompañándola hasta la calle.

—No, gracias. Estoy saturada de policías por hoy, cogeré un taxi.

—Como quiera. Buenas noches.

—Buenas noches.

Cuando se volvió para alejarse por fin de esa maldita comisaria, su corazón se paralizó. Apoyado en un coche estaba Sebas con las manos en los bolsillos del pantalón vaquero, mirándola con una dulce sonrisa.

«Tan agotada estás que te has dormido sin darte cuenta y estás soñando con el geo buenorro. Porque es imposible que esté ahí esperándote».

Sebas, al ver que no seguía caminando, que parecía una estatua de hielo, sacó las manos de sus vaqueros y se acercó a ella con paso decidido.

—Creí que al final me tocaría llamar a mis hombres de nuevo, ponerme el traje de faena y asaltar esa comisaria para volver a verte.

—¿Qué-qué-qué haces aquí? —preguntó nerviosa sin poder dejar de tartamudear.

—Al final te fuiste y no concretamos esa cita, así que he venido para asegurarme de que sigue en pie.

—¿De verdad quieres una cita conmigo?

—Me muero de ganas, y si no fuera porque has pasado por un infierno, te invitaría a desayunar. No creo que tarden mucho en abrir los bares. Pero como sé que estarás agotada después de esta noche tan movidita, te invito a que subas a mi coche y me dejes llevarte a casa.

Nada más decir eso, entrelazó los dedos de su mano a la de ella y la acompañó hasta la puerta del copiloto. Verónica se dejó llevar. La noche empezaba a pasarle factura y se sentía agotada y, además, no había nada que deseara más que estar al lado de ese hombre. Su presencia la reconfortaba y, después de todo lo ocurrido, necesitaba sentirse así.

Cuando llegaron a su casa, él la acompañó hasta el patio. Vero abrió la puerta y se volvió para despedirse, pero la sorpresa que se llevó al tenerlo tan pegado a ella la hizo trastabillar. Antes de que pudiera perder el equilibrio, él la tenía agarrada por la cintura. Estaba un escalón más bajo que ella y, aun así, ella debía alzar la cabeza para mirarlo a los ojos.

—¿Estarás bien? —le preguntó sin poder soltar el amarre de su cintura.

—No si te marchas —le confesó consiguiendo una sonrisa socarrona que la dejó sin respiración.

—Voy a besarte. Y después de ese beso, subiré a tu casa y te haré el amor hasta desfallecer. Así que si no quieres que un desconocido se cuele entre tus

piernas, será mejor que te des la vuelta y te vayas ahora mismo.

—No eres un desconocido, eres mi salvador —le habló abrazándolo por el cuello con la voz cargada de deseo después de escuchar todo lo que pensaba hacer con ella—, y aún no te he dado las gracias por salvarme de ese loco.

Sus bocas se encontraron y la sensación fue tan excitante que sus cuerpos se estremecieron de placer. Sebas la abrazó con más fuerza y devoró su boca como si su vida dependiera de ello. La suavidad de sus lenguas acariciándose lentamente, conociéndose, explorándose, era demasiado apasionante. El calor que desprendían sus cuerpos era abrasador. Ambos necesitaban más, así que Sebas cortó bruscamente el contacto.

—¡Joder, Vero! O subimos *ya* a tu casa, o soy capaz de follarte aquí y ahora.

Verónica sonrió y lo cogió de la mano para llevarlo hasta el ascensor. Una vez dentro, Sebas la aplastó contra la pared y volvió a devorarle la boca mientras acariciaba sus pechos por debajo de la camisa. Cuando el ascensor paró, salieron de él sin cortar el beso y, mientras seguían besándose, Verónica lo guiaba hasta la puerta de su casa. Sebas volvió a arrinconarla entre la puerta y su cuerpo sin poder dejar de besarla. Cuando creía que iba a perder el sentido, volvió a detenerse con brusquedad.

—Abre la puerta si no quieres que la tire abajo. Ya no puedo más, necesito estar dentro de ti *ahora* —confesó desesperado.

Verónica se volvió y buscó las llaves en su bolso, pero Sebas no se lo ponía nada fácil. Pegado a su espalda, besaba y mordisqueaba su cuello mientras sus manos acariciaban sus pechos. Cuando consiguió abrir la puerta, se vio de nuevo aplastada contra la pared del pasillo y su boca volvía a estar invadida, conquistada por esos besos tan ardientes que parecían derretirla con cada movimiento. De un tirón, arrancó los botones de su blusa y la dejó caer por sus hombros. Después, tiró de los tirantes del sujetador hacia abajo hasta liberar sus pechos y así poder llenarse la boca con ellos, primero con uno y después con el otro. Verónica necesitaba sentirlo, así que introdujo sus manos por dentro de su camiseta y le acarició la espalda con suavidad, pero también le arañó suavemente con las uñas consiguiendo que se estremeciera. Sebas volvió a apartarse bruscamente de ella para sacarse con rapidez la camiseta por la cabeza y lanzarla al suelo, pues necesitaba seguir sintiendo su contacto. Bajó las manos por sus caderas hasta la orilla de su minifalda y volvió a elevarlas arrastrando la tela con ellas en una caricia muy suave que le erizó la

piel. La dejó arrugada en su cintura como un cinturón y cuando por fin llegó hasta sus braguitas, dio un fuerte tirón desgarrando el encaje por un lado y dejándolas colgando de uno de sus muslos. La sorpresa por lo que acababa de hacer la hizo gritar y, por primera vez desde que habían empezado a besarse, Sebas fue consciente de lo que estaba pasando, pues antes de eso estaba poseído por la pasión.

—Lo siento, puedo tomármelo con más calma si te asusto.

—No me asusté, solo me sorprendí. No quiero que pares.

—Menos mal, porque no pensaba hacerlo. —Con esa afirmación, le sacó una sonrisa y volvió a devorar su boca con el mismo ímpetu.

Desesperado por poseerla, se desabrochó los vaqueros y se los bajó junto con los *slips*. Acarició sus muslos, la alzó y la obligó a abrazarlo por la cintura para penetrarla con fuerza arrancándole un grito de placer. Sentirse por fin dentro de ella le hizo estremecerse y tuvo que detenerse un momento y controlar su deseo, o si no ese dulce tormento acabaría antes de empezar. Cuando consiguió serenarse un poco, empezó a embestirla con fuerza, pero despacio. Cada envite lo acompañaba con un beso apasionado y ardiente.

Verónica estaba enloqueciendo por esa pasión tan descomunal e intensa con la que ese hombre que apenas conocía la estaba poseyendo. Sentía que podía morir de placer en ese mismo instante y que cada aliento que salía de su boca y que él le robaba con cada beso era el último.

—¡Oooh, Dios! Se-Sebas, no-no-no puedo más.

—Entonces, déjate llevar. Yo estoy a punto, preciosa.

Con un último esfuerzo que le resultó casi imposible de controlar, la embistió con fuerza hasta llevarla al fondo del abismo. Cuando la sintió como gelatina entre sus brazos, supo que era el momento de salir de su interior y por fin descargar esa tensión sobre su abdomen, ya que no tenía preservativos y no era cuestión de arriesgarse. Con un gemido gutural, escondió la cabeza en su cuello y respiró con dificultad tratando de recuperar el aliento. Las fuerzas lo abandonaron de golpe y tuvo que dejarse caer en el suelo, arrastrándola con él. La sentó sobre su regazo y, apoyando la espalda en la pared, la recostó sobre su pecho. Se quedaron así, en silencio, mientras él acariciaba su espalda suavemente y ella besaba su cuello con dulzura.

—¡Diiiioos! Ha sido increíble —consiguió decir al fin Sebas relajado y complacido.

—¡Sííí! Ha sido una pasada.

—Para ser nuestra primera cita, no ha estado nada mal. —Sonrió y

después la besó.

—No, y me va a costar olvidarte después de esta noche de locos, soldado.

—Primero, no soy soldado, sino policía de un cuerpo especial; pero policía, al fin y al cabo. Y segundo, ¿por qué tendrías que olvidarme?

—No creo que te vuelva a ver después de esta noche.

—¿No quieres volver a verme? ¿Tan mal lo he hecho? —preguntó sorprendido.

—Yo no he dicho eso, y sabes perfectamente que has estado increíble.

—Sí lo has dicho, y sí, ha estado genial. —Sonrió muy orgulloso de sí mismo, pues sabía que las mujeres se volvían locas entre sus brazos

—Me refería a que tú no estarás interesado en volver a verme después de esta noche.

—¿Por qué?

—Es evidente, ya has conseguido llevarte a la chica a la cama, ¿para qué otra cita?

—¿Esa es la impresión que te he causado? ¿Piensas que voy rescatando damiselas en peligro, me las llevo al huerto y después me olvido de ellas?

—¿Qué más querría alguien como tú de mí? Si incluso teniéndome colgada desde un sexto piso, me estabas pidiendo una cita.

—¡Joder! No había pensado en eso. He debido parecerte un gigoló, proponiéndote una cita cuando tu vida pendía de un hilo. Pero fue lo primero que se me ocurrió para que te olvidaras del peligro. Después, cuando me suplicaste que no te soltara y te abrazaste a mí como si yo fuera tu salvavidas, supe que tenía que conseguir esa cita como fuera. Por eso fui a la comisaría a recogerte. Y ahora... no quiero que esto se termine. Quiero seguir teniendo más citas contigo, quiero volver a aplastarte contra la pared y follarte hasta la saciedad. Pero si tú no quieres que vuelva a hacerlo, será mejor que me lo digas ahora. Vuelvo a tener ganas de ti y si no puedo tenerte después de esta noche, será mejor marcharme ahora mismo.

—No quiero que te vayas, quiero que este cuerpo *especial* —le acaricio el tórax mientras hablaba con suavidad regando su cuello de besos— me aplaste donde le plazca, agente. Y si así lo deseas, seré tuya hasta el fin de mis días.

—¡Uuummm! Me gusta cómo suena eso y, de momento, si no tienes ningún inconveniente, volveré a aplastarte aquí y ahora.

Deshaciéndose de la poca ropa que les quedaba, la tumbó en el suelo y la

hizo suya de nuevo. Una vez saciados, la llevó en brazos hasta la cama y allí se durmieron plácidamente uno en brazos del otro.

Doce años después, seguían durmiendo abrazados y aplastándose donde les viniera en gana.



©joojoo.etsy.com

Capítulo 15

Andrea estaba alucinada con todo lo que su madre le acababa de contar. Evidentemente, había omitido cómo terminó esa primera noche entre los dos. Eso era solo de ellos.

—Y allí estaba tu padre, esperándome en la puerta de la comisaría.

—¡Vaya! Con mamá no volaste para rescatarla, pero también fue una pasada.

—Pues no, más bien la que casi sale volando es ella —bromeó Sebas haciéndolas reír.

—Ahora entiendo por qué dices que papá siempre será nuestro superhéroe. Nos salvó a las dos, y eso que no es Superman. —Rio mirando a

su padre, sabiendo lo que le iba a decir.

—Superman, Superman, ese es una...

—¡¡Nenaza!! —gritó Andrea muerta de risa, haciendo reír a sus padres —. ¿Por qué dejaste de ser un superpoli?

—Porque en una misión me destrocé un tobillo. Tuvieron que operarme y ponerme una prótesis, así que ya no podía estar a la altura. Marcos me ofreció un helicóptero y una nueva manera de salvar vidas y acepté. Prefería seguir volando antes que ponerme a patrullar las calles como un principiante. Es difícil volver a ser un simple policía cuando lo que te gusta es la acción.

—Ahora hay que dormir, es tarde —dijo Verónica besando a su hija antes de levantarse de la cama.

—Sí, es muy tarde y hay que hacer caso a mamá. —Sebas se la comió a besos antes de abandonar la cama.

—¡Os quiero! Buenas noches.

—Y nosotros a ti —corearon los dos al unísono.

—Buenas noches, tesoro —dijo Verónica.

—Buenas noches, mi pequeña Koala —se despidió Sebas apagando la luz.

Andrea se quedó en esa cama sonriendo como cada vez que su padre la llamaba así. Se sentía inmensamente feliz de estar en esa casa y con esos papás tan increíbles y maravillosos.

Sebas se tumbó en la cama y abrazó a su mujer.

—¿No te parece increíble tenerla aquí por fin, sana y salva, y oficialmente como nuestra hija?

—Sí, me parece increíble.

—¿Y no te gustaría darle un hermanito? —Besó sus labios con ternura.

—¿Quieres tener un hijo?

—Me encantaría. Creo que Andrea ha abierto la caja de pandora. — Sonrió robándole la razón y el sentido con sus besos.

—Sebas, no tenemos tiempo para cuidar de un bebé. Y no puedo dejar el hospital.

—Tonterías. Marcos te buscaría un sustituto hasta que pudieras reincorporarte, y después yo podría hacerme cargo. Ahora los papás también podemos pedir baja por embarazo.

—¿Embarazo? —Verónica se rio a carcajadas—. Será por maternidad, ¿no? ¿También quieres tener tú la barriga?

—No, eso te lo dejo a ti. Algo tendrás que hacer, ¿no? —bromeó

haciéndola reír.

—Eres consciente de que los dos trabajamos para el mismo hombre, ¿verdad?

—Sí, y Marcos estará encantado de ser el padrino de nuestro bebé. —
Con esas palabras volvió a hacerla reír.

—¿Crees que nombrándolo padrino estará dispuesto a quedarse sin su directora general y sin su piloto de emergencias?

—Salgamos de dudas —dijo cogiendo su móvil.

—No te atreverás a llamarlo a estas horas.

—Sí, porque me muero de ganas de hacerte el amor y necesito saber si puedo hacerlo a pelo, que ya va siendo hora, ¿no crees?

—Estás loco, ¿lo sabías? —Volvio a reír a carcajadas al verlo con el móvil en la oreja esperando respuesta al otro lado.

—¿Pasa algo? ¿Andrea está bien? —preguntó Marcos preocupado por las horas que eran.

—Tranquilo, Andrea está perfectamente. Solo quería consultarte una cosa.

—Sebas, por favor, ni se te ocurra —le advirtió Verónica.

—¿Qué os pasa? —volvió a preguntar Marcos intentando espabilarse para entender por qué Sebas lo llamaba a esas horas.

—Pues quería saber si puedo hacerle el amor a mi mujer sin tener que ponerme un condón.

—¿¿Qué?!! —exclamó Marcos alucinado pero muerto de risa a la vez por la pregunta.

—¿Qué pasa? —preguntó Laura somnolienta al ver a su marido en ese estado.

—¡¡Sebaaaaas!! —gritó a su vez Verónica.

—Macho, ¿qué está ocurriendo? ¿De verdad me despiertas para preguntarme esto? ¿Tienes problemas con Vero?

—Todo dependerá de ti.

—Bueno, pues ya que nos has despertado, tendrás que contarnos qué pasa. Laura está tan intrigada como yo.

—¡Dios mío! Qué vergüenza —exclamó Verónica, que ni siquiera sabía en qué momento los dos habían puesto el manos libres y la conversación había pasado a ser de cuatro personas.

—¿Qué pasa, Vero? —le preguntó Laura divertida.

—Pues que se ve que necesitan mi permiso para pegar un polvo sin

protección —le explicó Marcos, haciendo reír a su mujer.

—Voy a matar a vuestro amigo, que lo sepáis. —Fingió estar enfadada, pero esa conversación empezaba a ser muy divertida para enfadarse con él. Con Sebas todo era así, un poco de locos.

—¡No me lo puedo creer! —gritó Laura entusiasmada.

—Pues yo me he perdido —aseguró Marcos.

—¡Ay, cariño! Tan inteligente para unas cosas y tan cortito para otras — bromeó Laura haciéndoles reír—. Sebas quiere dejar embarazada a Vero, ¿verdad, chicos?

—¡Bingo! —exclamó Sebas.

—¿Y qué coño tiene eso que ver conmigo? —preguntó mosqueado Marcos—. ¿No querréis mi esperma? Porque por ahí sí que no paso. —Los tres se echaron a reír.

—Creo que lo tenemos traumatizado pidiéndole cosas tan vitales para él —bromeó Laura consiguiendo que todos rieran.

—Macho, relájate. Soy bastante capaz de dejar a mi mujer embarazada yo solito.

—Entonces, ¿qué coño quieres?

—No blasfemes —lo reprendió su mujer.

—Según tu amiga, no podemos permitirnos ese lujo, ya que ella no puede abandonar el hospital y yo no puedo dejarte sin piloto para las emergencias.

—Será posible...

—Espera, no he terminado, falta lo mejor —lo interrumpió—. Yo le he dicho que si os nombramos padrinos de la criatura no os podríais negar.

—¿Me estás chantajeando? —bromeó.

—Pues claro, algo tendré que hacer para convencer a esta mujer —siguió él con la broma.

—¡Permiso concedido! —exclamó Laura entusiasmada—. Quiero ser madrina.

—¿Ves?, te dije que eso no fallaría —le dijo Sebas a su mujer.

—¡Estáis locos! —clamó Verónica muerta de risa.

—Cariño, la última palabra la tengo yo —protestó Marcos.

—Bueno, vale, entonces díles qué tienen que hacer.

—Es complicado, son bastante imprescindibles para mí. —Se hizo el interesante—. Pero como mi mujer y yo nos morimos por ser los padrinos de vuestro próximo hijo, como jefe, os ordeno que os pongáis a follar como conejos hasta que nos deis la gran noticia. —Los cuatro se pusieron a reír a

carcajadas.

—Ya no tienes escapatoria ni excusas, cariño, tenemos su bendición —sonrió Sebas mirando a su esposa con deseo.

—Ala, pues a pasarlo bien chicos —les propuso Marcos—. El problema es que habéis conseguido desvelarme.

—Pues ya sabes, macho, ponte a follar como un conejo. —Los cuatro volvieron a reír.

—Es lo más inteligente que has dicho en toda la noche —dijo Marcos haciéndoles reír de nuevo.

—Será cuestión de despedirnos —comentó Verónica—. Sois incorregibles.

—Sí, ya me muero de ganas de empezar.

—Qué burro eres, hijo —sonrió Verónica.

—Buenas noches, chicos. Pasadlo bien —se despidió Laura con retintín.

—Sebas —lo llamó Marcos antes de colgar.

—¿Qué?

—No te olvides de... o, más bien, olvídate de los preservativos.

—A la orden, jefe.

Los cuatro volvieron a reír y esta vez se despidieron de verdad.

—¿Ves? Yo tenía razón, se mueren de ganas de tener un ahijado.

—Estás loco —susurró besándolo con mucha pasión y dejándose envolver en el embrujo en el que él la sometía cada vez que la poseía.

—Entonces, ¿quieres tener un bebé? —le preguntó entrando en ella muy lentamente mientras balanceaba sus caderas de esa forma que la enloquecía.

—El jefe nos ha dado una orden, ¿no? Tendremos que obedecerla. —Sonrió y movió sus caderas provocándolo con mucho descaro.

—¡Oooh, Diiiiioos! Cómo me va a gustar esto de olvidarme de los preservativos.

Después de esas últimas palabras, devoró su boca y la poseyó con fuerza hasta que se desahogó dentro de ella, y fue uno de los momentos más bonitos y agradables que había experimentado con una mujer.



Epílogo

Ese verano su jefe los había obligado a cogerse unas vacaciones y a pasarlas en Valencia. Con siete meses de embarazo, Marcos tuvo que obligar a Verónica a cogerse la baja, que aceptó a regañadientes. Sebas estaba encantado con su pequeña Koala y ese chicarrón que estaba por llegar. Tenía todo lo que deseaba, hijos, una mujer hermosa y unos amigos increíbles.

Marcos y Laura también habían cogido vacaciones y disfrutaban cada día de la playa con los niños, la piscina que tenían en el patio de casa y la compañía mutua, que era lo mejor de todo. La casa de Marcos y Laura siempre estaba llena de gente, pues los hermanos, sobrinos y padres de ella se dejaban caer de vez en cuando para pasar el día con ellos.

Todos estaban tumbados en hamacas en la terraza después de cenar mientras los niños se bañaban frente a ellos en la piscina.

—¿Sabes, Sebas? —le dijo la hermana de Laura—. Si la historia de mi cuñado y mi hermana me pareció increíble, la vuestra es de película. Rescatar a tu hija de esa manera y a tu mujer como si fueras Bruce Willis en *La jungla de cristal* es impresionante.

—¡Oooh, no! No me digas que Andrea va contando por ahí cómo conocí

a su madre y cómo la rescaté a ella.

—¿Y qué esperas? Es una niña y te idolatra. La salvaste, la adoptaste dándole un hogar feliz, y después, para colmo de males, le contaste cómo rescataste a su madre de una muerte inminente —expuso el hermano de Laura—. Con vosotros dos es imposible destacar y menos siendo un simple recolector de aceitunas —bromeó haciéndoles reír.

—Vamos, hijo, tampoco eches por tierra nuestro negocio, que hacer uno de los mejores aceites de oliva del país no es moco de pavo —protestó el padre de Laura.

—Di que sí, tienes toda la razón, suegro. Yo soy un adicto a tu aceite, no pueden faltarme las tostadas de buena mañana bien empapaditas con ese oro líquido que fabricáis —dijo Marcos haciéndoles reír de nuevo.

—¡Oro líquido! —repitió Laura—. Papá, este te está haciendo la pelota para que le traigas más garrafas. —Todos volvieron a reír de nuevo.

—Desde luego, mira que os gusta pincharos unos a otros —dijo muerta de risa la madre de Laura—. Todos y cada uno de vosotros sois los héroes de vuestra casa y vuestra familia, pues un héroe, al fin y al cabo, es esa persona que te acompaña cada día, te apoya y te ama. Y lo más importante, te hace feliz por encima de las adversidades.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo —la apoyó la madre de Marcos—. Haz felices a las personas que amas y siempre serás especial para ellos.

—Sabias palabras —confirmó Verónica mirando a su marido embelesada. Sabía que, por más años que pasaran, Sebas siempre sería el superhéroe de la casa, y no por cómo las salvó, sino porque cada día las hacía inmensamente felices y eso era lo más importante.

FIN

Agradecimientos

Esta vez mi mayor agradecimiento es para ti. Sí, para ti, lector, por ayudarme y apoyarme en este proyecto. Un proyecto que me llena de orgullo y esperanza. Orgullo, porque colaborar y haceros partícipes en esta causa es increíblemente satisfactorio, y tener la esperanza de que este relato llegue a muchísima gente me hace muy feliz. Y para eso también os necesito. Animaos y recomendadlo a todas vuestras amistades, dejad vuestra opinión en Amazon (que eso siempre es bueno), y compartidlo por las redes para que llegue muy lejos. Así, entre todos, lograremos que todos esos niños vuelvan a sonreír.

Quiero agradecerle a mi sobrina Tania, que es médico, su colaboración ayudándome a buscar una asociación.

Por supuesto, a mi chico, que siempre me apoya en todo lo que hago y me anima a seguir adelante. A mis hijas, mis lectoras 0, mi familia, mis amigos...

A mi correctora, Carol RZ Correctora (Deletréame), por su trabajo, que como siempre es admirable, pues tiene el don de hacer que mis novelas luzcan su mejor cara. Y, por último, pero no por ello menos importante, a Marien Fernández Sabariego (ADYMA Design), pues gracias a ella y a su trabajo, que es una artista, mis libros se ven divinos por dentro y por fuera. ¡Sois las mejores, chicas!

Biografía de la autora

Natalia Román nació en Aubervilliers (París) en 1968, pero reside en Valencia desde los cinco años. Actualmente vive en Sedaví (Valencia) con su marido y sus dos hijas.

Siempre fue una amante de la novela romántica y ahora es adicta a la escritura de ese mismo género. No sería capaz de explicar cómo y cuándo decidió entrar a formar parte de este mágico y maravilloso mundo de la literatura, simplemente sintió la necesidad y se lanzó. Desde entonces, no ha podido parar de escribir. Tras presentarse al I Concurso de Romantic Ediciones, donde quedó finalista con su novela *Heredando al amor*, vio hecho realidad su sueño de publicar. A esta primera novela le siguió su trilogía *Te necesito, nena*, también publicada bajo el mismo sello editorial, y después decidió lanzarse a la autopublicación con *La hija del jardinero*, *Esclava de tu venganza*, *Prisionera de tu venganza*, *Siempre serás mi héroe* y este relato que tienes entre las manos, *Siempre serás nuestro superhéroe*. También ha colaborado en la Antología solidaria *Un sueño de verano* para la asociación Es per tú con su relato *Promesas de verano*.

Otras obras de la autora

Heredando el amor

Yésica era una joven increíblemente hermosa, pero la vida no la había tratado muy bien, y gracias a su padrastro su vida se convirtió en una auténtica pesadilla. Escondía su belleza al mundo, y de ser un hermoso cisne acabo convirtiéndose en un patito feo. Obligada a abandonar su casa sin nada más que una bolsa de deporte se fue vagando por las carreteras huyendo de su peor pesadilla. Gracias eso conoció a Francisco. Francisco era un hombre muy mayor, rico, y poderoso.

Sintiéndose responsable de su seguridad se la llevó a su casa y la hizo pasar por su amante, para así poder seguir escondiéndole a su hijo la gravedad de su enfermedad.

Alex era un hombre torturado por su pasado, que juro no volver a confiar en una mujer y mucho menos volver a enamorarse. Para él las mujeres solo eran una vía de escape para sus necesidades. Por eso en el mismo instante que conoció a Yésica y supo de la relación que mantenía con su padre, solo pudo ver en ella a una trepadora y una caza fortunas. Así que entre ellos surgió un odio muy profundo.

Pero el destino los obligara a tener que compartir sus vidas por un absurdo testamento y eso les hará conocerse y derrumbar todas esas barreras que habían surgido entre ellos, ya que Alex acabara descubriendo toda esa belleza que escondía Yésica tanto por dentro como por fuera, y ella acabara derrumbando esa muralla que él construyo rodeando su corazón para no volver a sentir.

Cuando por fin parecía que las cosas entre ellos podía arreglarse la aparición del padrastro de Yésica y de la exmujer de Alex reclamando sus derechos como su legítima esposa, vuelve otra vez a enfrentarlos y a distanciarlos.

Te necesito, nena

A los dieciocho años Natalia ve claro que jamás podrá librarse la

maldición que la persigue desde pequeña. Sola en el mundo, se refugia en Josemi, un amigo de la familia y que enamorado de ella en secreto le dará trabajo en su bar para tenerla cerca.

Jaime, primo de Josemi, es un atractivo mujeriego, rico y capaz de atraer a cualquier mujer. A cualquiera menos a Natalia. Dispuesto a no admitir una derrota se desvivirá por conquistarla hasta conseguirlo. Pero Jaime guarda un secreto que hará que Natalia se marche de su lado para siempre. ¿Para siempre?

Seis años después, cuando Natalia parece vislumbrar la felicidad, vuelven otra vez las mentiras del pasado y esa maldición que la persigue.

Te necesito nena, perdóname

Cuando la fortuna te sonrío y la vida es por fin perfecta, crees que tienes todo lo que siempre has deseado: un hombre maravilloso a tu lado y la oportunidad de formar la familia que tanto has deseado.

Pero el destino, siempre imprevisible está dispuesto a jugar en tu contra y cuando menos te lo esperas, ese pasado que dejaste atrás vuelve a aparecer para desequilibrar tu vida una vez más y destruir todos tus sueños.

¿Puede el amor resurgir de sus cenizas como un ave fénix? ¿Se puede perdonar a la persona que te rompió el corazón en mil pedazos? Y lo más importante. ¿cambiarías ese presente perfecto, por un pasado destructivo?

Te necesito nena, quédate conmigo

Jaime y Natalia llevaban casados doce años. Doce maravillosos años en los que habían sido inmensamente felices, hasta que un día Josemi llegó a casa con una noticia aterradora. Entonces su mundo perfecto se va desmoronando poco a poco. Los celos, la desconfianza, y una noticia que jamás pensó escuchar después de tantos años, consiguen que Jaime pierda el control.

Al darse cuenta de que ha cometido el peor error de su vida, no tendrá más remedio que luchar para reconquistar a su mujer y recuperar a su familia.

¿Crees en las segundas oportunidades? ¿Crees que el amor puede llegar a ser tan grande como para perdonar lo imperdonable? ¿Qué puede una vez más resurgir de sus cenizas, cuando ya ni el rescoldo queda?

La hija del jardinero

Ángel y Demonio.

¿Cómo dos hermanos que crecen juntos y con las mismas normas de educación pueden ser tan distintos? La vida de Cristina se verá marcada por una guerra sin cuartel entre los hermanos Osoro. Uno es un psicópata asesino; el otro, un juez respetable. No existe nada peor en la vida que los celos y la sed de venganza, y esos sentimientos nublarán la razón del pequeño de los Osoro convirtiéndolo en un hombre sin sentimientos. Un hombre capaz de todo y con un único propósito: ver llorar a su hermano lágrimas de sangre. Cristina se convertirá en el blanco de todos sus macabros y despiadados planes de venganza, pero por más que intente destruirla Robert siempre la amará y estará ahí para recomponerla. ¿Puede el amor restaurar un corazón destrozado? ¿Dejarías que el odio y la venganza de un hombre marcaran tu vida? ¿O serías capaz de dejar de lado todo el dolor y aferrarte a ese otro hombre cuya pasión te hace olvidar tanta barbarie? Amor y odio, pasión y venganza. Dos hermanos con unos sentimientos muy distintos hacia una misma mujer: la hija del jardinero.

Esclava de tu venganza: Los Mendoza I

Corre el año 1829, una época muy difícil para las mujeres, una época en la que los hombres mandan y las mujeres obedecen. Una época en la que las jóvenes son educadas para ser sumisas y complacientes para sus maridos, y posteriormente ser vendidas al mejor postor sin tener ningún derecho a protestar. Todas excepto Mónica.

Mónica Salazar, una muchacha orgullosa, rebelde e indomable a quien su padre nunca ha obligado a hacer nada que no quiera, no está dispuesta a casarse y dejar que un hombre la domine. Pero todo su mundo cambia cuando conoce al capitán Mendoza.

El capitán Jorge Mendoza, condecorado en varias ocasiones, es rico y poderoso, y solo tiene una idea en la cabeza: vengarse de Ernesto Salazar, el hombre que destruyó a su familia y lo marcó de por vida tanto física como mentalmente. Su sed de venganza es implacable, tanto, que se juró a sí mismo no descansar hasta aniquilarlo. Pero cuando conoce a la hermosa Mónica Salazar sus planes cambian y decide someterla para destruir a su padre. Lo que nunca imaginó fue que le sería tan difícil concluir esa venganza, ya que la guerra sin cuartel que se libra entre ellos despertará sentimientos que ninguno de los dos se atreve a reconocer.

¿Conseguirá el capitán Mendoza ganar la batalla más importante de su vida? ¿Logrará conquistar a su mujer o será él quien acabe rindiéndose ante la belleza y rebeldía de Mónica?

Prisionera de tu venganza: Los Mendoza II

Mónica Mendoza es una muchacha soñadora que sueña con encontrar a un hombre que la ame para formar una familia y vivir en Nube Blanca. Aunque vive rodeada de militares, se ha prometido a sí misma que jamás se desposará con uno de ellos y, a pesar de que sus padres nunca la obligarían a casarse, el tiempo pasa y ningún hombre llama su atención. Hasta que un día el destino cruel y juguetón pone en su camino a Gabriel.

El capitán Gabriel Torres es un hombre duro, despiadado y con un pasado tenebroso que ha sido criado y educado con el único propósito de ser el brazo ejecutor de los Mendoza. Pero no contaba con que sus sentimientos despertaran de su letargo tras conocer a Mónica. Su honor le obliga a cumplir con su deber, pero su corazón tiene otros planes para él.

¿Podrá Mónica olvidar los engaños y perdonar al militar que ha destrozado todos sus sueños?

Y Gabriel ¿podrá olvidar su juramento o se convertirá en el carcelero de su propia esposa?

¿Podrá el amor ser más fuerte que el odio, el rencor y la sed de venganza?

Siempre serás mi héroe

¿Hasta dónde es capaz de llegar una madre por su hijo?

Laura lleva una vida perfecta, pero de la noche a la mañana, ese hombre con el que ha compartido los mejores años de su vida será el responsable de que todo su mundo se derrumbe como un castillo de naipes.

El doctor Román recibe la visita inesperada de una mujer que volverá su mundo patas arriba. ¿Cómo reaccionarías si una loca entra en tu despacho, a punta de pistola, pidiéndote tu médula ósea?

¿Será capaz el doctor Román de donar algo tan personal a un desconocido, que a la vez es parte de él sin saberlo?

Sinopsis

Sebas y Verónica tenían una vida tranquila y feliz. Ella, dirigiendo el hospital de su amigo Marcos y él, surcando los cielos en helicóptero.

Pero un terrible accidente cambiará sus vidas de la forma más inesperada. Una persona muy especial entrará en ellas haciendo que esa vida tranquila y feliz que llevan se multiplique en todos los sentidos.

La fuerza de un superhéroe no está en sus brazos, sino en su corazón, y Sebas demostrará tener un corazón gigantesco destinado a dar amor y protección a todo aquel que lo rodea o lo necesite.

[\[1\]](#) El GEO es el Grupo Especial de Operaciones del Cuerpo Nacional de Policía de España.